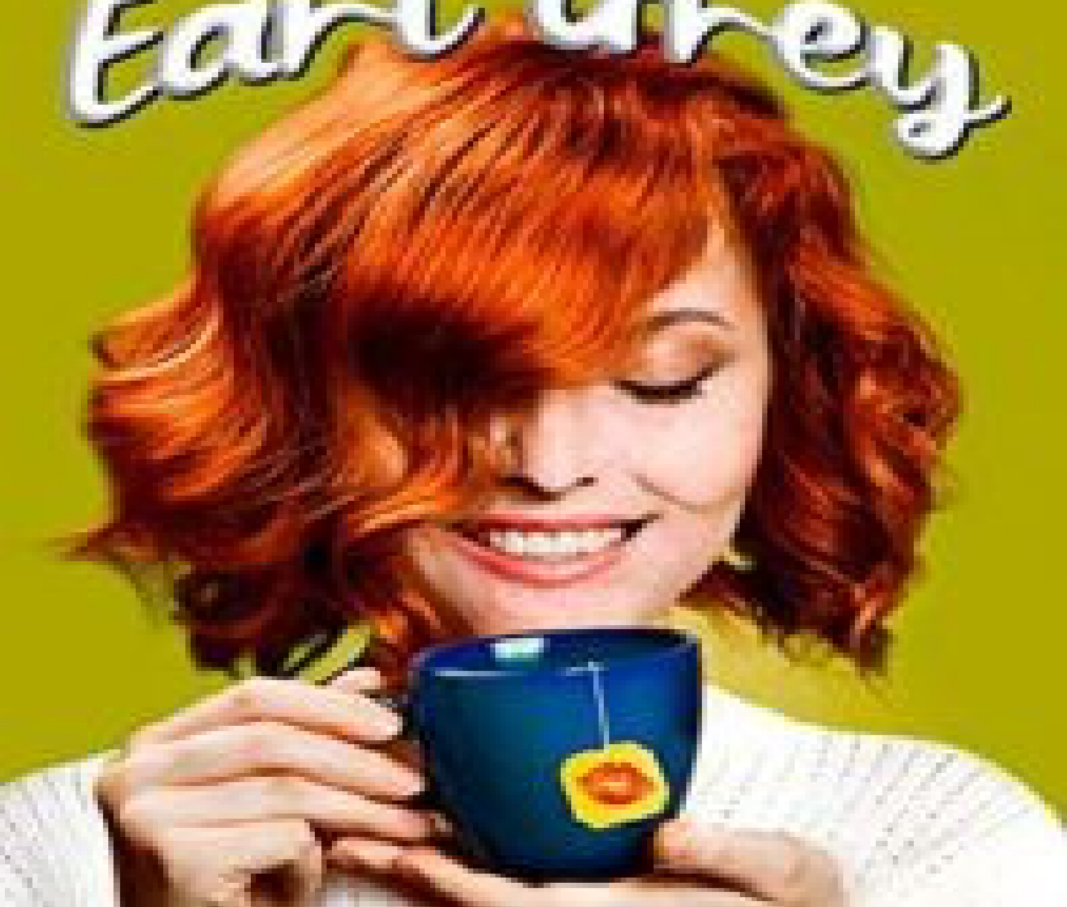
OLGA ANDREU

50 Bolsitas de Té Earl Grey



50 Bolsitas de Té Earl Grey

OLGA ANDREU

Título original: 50 bolsitas de té Earl Grey

Diseño de portada: Nina Minina
Encuadernación: Nina Minina

Tu mejor proyecto eres tú

1 Bolsita de té

Trabajo en una compañía de seguros, más concretamente en asistencia en carretera, y concretando aún más, soy la que responde al teléfono cuando alguien necesita que lo asistan en caso de accidente, avería o peligro de muerte inminente.

Un trabajo donde solo soy una voz *amiga* que te manda la grúa a un punto kilométrico concreto, nadie sabe qué cara ni cuerpo tengo… Es un trabajo donde se liga poco, más bien nada.

Avril es mi mejor amiga y mi compañera de trabajo, no es la típica amiga guapa, es más gruesa que yo y tiene un aspecto desaliñado, pero una voz fantástica. Apuesto a que más de uno ha creído que la chica de asistencia en carretera Avril Northon era una diosa del sexo. Un cuerpo hecho para el pecado y han llamado solo para masturbarse en el arcén fingiendo un accidente. Avril es el 60% de mi problema de sobrepeso, ella me incita a comer porquerías cuando estamos juntas. Siempre es mejor echar la culpa a otros que a una misma, actuando como víctima en las situaciones que yo misma me he generado, así es el género humano de tonto y absurdo.

—Quien tenga que querernos nos querrá por lo que somos por dentro.

Mi amiga siempre me suelta ese topicazo mientras se traga a dos carrillos unos nachos con extra de queso cheddar, un pastelito de crema inglesa o comida basura en general. Lo más patético es que me lo acabo creyendo y tragando como una cerda a la par que ella y, cuando llego a casa con restos de comida en la ropa, vuelvo a la triste realidad: gorda, pelirroja y pecosa… ¿A quién quiero engañar? No me gusto y no me gusta estar así. Y lo reitero, no me gusta, pues todavía no he alcanzado el nivel mil zen ni estoy satisfecha con lo que me muestra el espejo cada mañana. Y estoy en mi derecho de no quererme a pesar de las alentadoras frases de internet que te instan a ello. Soy mi propia amenaza mental, aunque cada día me jure que Avril no va a volver a convencerme, que me centraré en mi triste ensalada y no volcaré mis frustraciones en la comida, ¿o son las frustraciones de Avril? Puede que esa terapia convencional cuando salimos a comer sea para no sentirse la única morsa. Lo sé, me paso mucho con las descripciones de mi sobrepeso, pero he aprendido que insultarse a una misma minimiza el impacto de esas palabras en boca de los demás. No nos vayamos a engañar, igual que las modelos saben que están de rechupete, yo sé que mis nalgas podrían catalogarse como territorio nacional.

Últimamente he pensado mucho en ello, no en pedir la independencia de mi culo a lo Willian Wallace, sino en dar un cambio drástico a mi vida.

Debería pedir cita con un dietista serio. Quizá Avril quiera acompañarme, pero me temo que acabe comiéndose al dietista y diciendo:

—Quien tenga que querernos lo hará por lo que somos por dentro.

¿Y qué coño somos por dentro?: ¿grasa?

Aún no lo he dicho, pero amo en secreto a Kevin Parhed. No es un cantante, actor o cómico de la BBC. Es el jefe de personal de mi compañía. Alto, castaño, ojos verdes, atlético y encantador. Un *gentleman* a la inglesa en su máxima expresión. Y lo amo, lo amo en riguroso secreto (solo lo sabe Avril, y ya no es por tanto del todo riguroso) desde que me contrató, según él:

—Por su don de gentes y su maravilloso currículo. Empieza mañana de 10:00 a 16:00. ¡Enhorabuena!

—Gracias, señor Parhed, espero estar a la altura.

Y lo que me hubiera gustado decir hace tres años es que me gustaría estar a la altura, pero de su boca. Además de todo lo que antes he mencionado, soy bajita, ciento cincuenta y seis centímetros para ser más exactos, un tapón de balsa regordete muy fuera de las expectativas románticas de Kevin. Lo tengo asumido, pero ¡qué bonito es soñar!

Ya os he puesto un poco en situación de quién soy, a qué aspiro y por quién suspiro desde mi cubículo de dimensiones poco apropiadas, en lo que a ancho se refiere para una mujer como yo, mientras me rugen las tripas. Hoy no he podido salir a comer, mi amado caballero me ha creído perfecta para grabar el nuevo mensaje para la espera de llamada, lo he tenido tan cerca que le he podido oler hasta el bazo.

—¿Podrías decirlo con más convencimiento?

—¿A qué te refieres? ¿No ha sonado convincente el típico: «Todos nuestros agentes están ocupados, permanezca a la espera»? —le he dicho con mi estómago tocando la sonata en do mayor de Mozart.

—Sé más amable, más femenina. Menos escocesa.

¡Genial!, a la lista de cualidades poco deseables de mi persona, tengo que añadir que soy poco femenina y que las escocesas tenemos fama de rancias y, si le sumo que además viene de parte del hombre que ocupa todos mis pensamientos sexuales, es un fiasco monumental más que añadir a la larga lista de cualidades inclasificables.

—Kevin, tengo hambre. Lo siento si no he dado clases de interpretación antes de grabar el jodido mensaje.

—Carol, no te preocupes por la comida, tienes reservas de sobra...

Mi cara ha debido tornarse azul, verde y roja al mismo tiempo, me ha llamado gorda en todo el careto. Me hubiera gustado decirle: «Kevin te quiero, pero eres un imbécil», pero he acabado diciéndole que iba a visitar un dietista para solucionar ese tema y él me ha dado

palmaditas de ánimo en la espalda. Muy excitante todo.

Al final, aunque poco convencido por mis dotes interpretativas me ha dejado libre, como a Willy, preciosa paradoja.

—¿Cenamos luego en Harry's?

—Te advierto que hoy sí comeré una ensalada —le he dicho seriamente a Avril, con la moral arrastrándose por el suelo como un gusano, a una hora de terminar la tediosa jornada.

—¿A quién quieres engañar? —me ha contestado con una sonrisa de medio lado.

En efecto, ¿a quién he querido engañar? Me he comido una ensalada césar con extra de salsa y una hamburguesa con *bacon*, patatas fritas y un helado con nueces.

Cuando he llegado a casa, he subido a la báscula y he hiperventilado cuando los dígitos han marcado mi peso. Estoy al borde de cambiarla por una de gálibo y control de palés.

Medio arrastrándome he cogido la guía de empresas de Londres, he arrancado la página donde vienen números de dietistas respetados y la he metido en el bolso. Después de ponerme el pijama me he preparado un Earl Grey con sacarina y… unos *maccarons* y, la verdad, no me he sentido mejor después. La teoría de mi madre está poco madurada, el té no ha solucionado el exceso de lorzas, ni mi pelo se ha tornado rubio platino ni mis labios se han hinchado sensualmente a lo Scarlett Johanson. Diría incluso que si quedaba un hueco de mi cuerpo sin cubrir de grasa se ha rellenado cual funda nórdica tras comerme los *maccarons.*

2 Bolsitas de té

Mi pelo se encuentra en el peor de los estados, son las siete de la mañana y soy un duendecillo de los noventa con el pelo rojo y enmarañado. Es casi imposible domarlo, la película de *Brave* hizo mucho daño a mi persona, creí que podría llevarlo como la protagonista: libre, al viento, despreocupado, y lo intenté varios días. Tuve que descartarlo de mi lista de *looks* otoñales, la gente me miraba raro y con la humedad londinense aumentaba, si cabe, un tercio más. Era un seto con pulgón andante de color bermellón.

La plancha extraalisante a 230ºC es mi otra mejor amiga, aunque Avril podría dejarlo incluso mejor si lo pusiera entre sus nalgas apretadas y yo tirase con ímpetu de él. Su culo y el mío bien podrían valer de prensadoras industriales.

La he encendido, y el piloto rojo no se ilumina como de costumbre, parpadea, pero no le doy importancia y sigo en mi afán de dejarlo medio decente. No tengo tiempo de entretenerme con nimiedades como esa, las placas parecen estar calientes y me dedico a seguir apresando mi pelo.

Ya tengo media cabeza adecentada y el piloto parpadea con más fuerza, pero ¡soy Caroline!, sigo sin preocupación.

Bien, solo me queda el flequillo, mi útil y maravilloso flequillo que tapa la gran mancha marrón. La peca extragrande que tengo en la frente, que tampoco es pequeña. A estas alturas debes tener una imagen de mí similar a la de un ciudadano de Mordor, créeme, yo también me veo así, no te culpo.

¡Caca podrida! Esto parece no funcionar, sacudo la plancha como un termómetro de mercurio, mi flequillo parece un *scone* entre el pelo perfectamente liso. Es como si entre dos cascadas hubiera una isla llena de rastrojo, un fardo de paja despeluchado, un montón de pelo púbico puesto a traición.

¡Alegría!, el piloto se enciende del todo, no parpadea. Abro pinzas y meto el pelo del flequillo entre las placas cerámicas, aprieto y bajo lentamente con una sonrisa de satisfacción y me digo mentalmente que todo va a salir bien...

Chispas, deflagración, humo… ¡Joder, joder, no veo! Me he quedado ciega por la inesperada fogata capilar y, lo peor de todo, ¡seguramente calva! Mi vista vuelve poco a poco de entre los muertos y mi olfato se agudiza, huele a pollo churrascado, a pelillos de cerdo quemados en la barbacoa. ¡Vista no vuelvas!, prefiero vivir en la ignorancia antes que ser consciente de mi recién estrenada calvicie.

Mis párpados no hacen caso a mis plegarias y se abren como persianas.

No tengo flequillo, es una realidad, se ha convertido en cenizas y tengo la frente despejada a lo *Gorbachof* (no sé escribir en ruso). ¡Dios mío!, soy una Gorda Chof. Tengo que comprar maquillaje supercubriente o masilla reparadora de carpintero para ocultar mi mancha gigante. Soy un jodido mapa mundi con Groenlandia en la frente. Podría fingir estar enferma de agorafobia repentina y no salir de casa hasta que el flequillo crezca o hacer lo único que puedo hacer: ponerme un gorro.

«A grandes males, grandes remedios», decía mi abuela, y cojo el más grande que tengo en el perchero de la entrada.

He intentado disimular el pecón con maquillaje y polvos compactos. El resultado es espeluznante: estoy más morena que Oprah, pero solo la cara. Y con el gorro hincado en el cogote el resultado final es de chalada excéntrica. Antes de salir de casa, me he tomado un té Earl Grey con extra de azúcar y el flequillo no ha crecido ni un milímetro, lo único que ha crecido es la acidez estomacal que me sube por la garganta.

He salido de casa a toda prisa con un nudo en el estómago y he corrido hasta la parada del *tube*.

Menos mal que en hora punta la gente del metro va medio zombi y no se han fijado en mi aspecto. Cuando he llegado al trabajo algunos se han girado para comprobar que lo que habían visto era real. El bajón era total y ha subido de nivel cuando Kevin me ha dicho:

—Carol, querida, que trabajes en la línea telefónica no significa que vengas disfrazada al trabajo. La política de empresa solo lo permite en Halloween y estamos a 20 de junio.

Luego me ha obligado a quitarme el gorro, sí o sí. Lo ha calificado de ridículo y chabacano y, ante mi oposición, ha tirado de él dejando al descubierto mi pelo.

—Joder, Caroline, quítate también la peluca —ha dicho enfadado.

Me ha costado un rato convencerlo de que no era una peluca de bazar asiático. Ha tirado de él varias veces, podría demandarlo por maltrato, luego se ha reído de mí y se ha marchado con el gorro.

Así que he pasado toda la jornada laboral con mi cabeza al descubierto, Avril mirándome el «no flequillo» cada cinco minutos, soltando risitas y sin salir a comer. ¿Dónde voy así de expuesta al ridículo? Así que me he tomado en solitario otro té Earl Grey, consiguiendo únicamente quemarme la lengua y dejarla a juego con mi cara marrón.

3 Bolsitas de té

Si no te gusta lo que eres y lo que te sucede, ¡cámbialo!, no eres un árbol.

Hoy es el día, por fin voy a visitar a un dietista. Tras mucho insistir, una semana entera, convencí a Avril de que me acompañase.

—Si te quitas la cinta a lo George Michael y te paseas por Apple Market iré contigo.

—¡Es la quinta vez que me lo pides! —le dije a mi oronda amiga.

—¡Lo sé! —me respondió sin más, introduciendo un trozo de pollo rebozado en su boca.

Sí, voy con una cinta en el pelo, los ochenta han vuelto a mi vida, pero algo tenía que hacer con mi «no flequillo».

Y bien, hoy a las 16:30 tenemos la cita con el doctor Bigtaker. En su anuncio prometía la pérdida de ocho kilos en una semana sin dejar de comer nada, a mí en parte esa idea me resultaba poco fiable, pero a Avril le resultaba tentadora.

—Pero si comemos lo que ahora, ¿cómo se supone que adelgazas? —le dije mirando mi McPollo.

—No lo sé, Carol, yo no soy médico, pero el relato de su paciente contando, cómo le cambió la vida sin pasar hambre, parece serio.

—Pero ¿no hay algo raro en su foto de antes y después? Mira el cuello. —Le señalé la foto del anuncio de la guía que tenía delante.

—¿Qué le pasa al cuello? —Avril me arrebató la guía.

—Pues que no tiene, básicamente. Es como si alguien le hubiera pegado la cabeza sin un mínimo de profesionalidad con el Photoshop.

—Eso es la postura. ¿Quieres que te acompañe, sí o no?

—Claro, sí, sí quiero, pero...

—Pues iremos a visitar a Bigtaker.

Y zanjamos la conversación con un McFlurry de oreo y mi cabeza pensando aún que sería un «Bigmistake» visitar a Bigtaker. La foto distaba mucho de ser real.

Y aquí estoy esperando que Avril salga del baño para irnos a la consulta. Kevin acaba de pasar con unos papeles y me ha hecho un gesto con la cabeza, el corazón se me ha puesto a mil. Sé que a veces lo estrangularía con el cable del teléfono, pero es tan mono, tan alto, tan Kevin.

Bien, mi amiga ya ha salido y está abriendo una bolsa de galletas cheddar, es una vergüenza para la gente que queremos visitar a un dietista en serio.

—¿Qué haces, chalada? Vamos a visitar un dietista, ¿es necesario comer mientras vamos? No tiene sentido.

—Es una merienda saludable, además dice: «Adelgazar sin pasar hambre».

—Si te comes una manzana, no un bocata de panceta con crema agria.

No me ha hecho caso, ha seguido a lo suyo y ha osado, incluso, a ofrecerme comida empaquetada. Lleva todo un arsenal en el bolso.

He sido fuerte y he dicho: «No a las tentaciones». He sacado mi termo y me he tomado un té. Por primera vez me reconforta, mente positiva, soy una chica sana, proyecta tus metas...

Esto lo he sacado de un libro de autoayuda que mi madre me regaló en Navidad. Que tu propia madre piense que eres una fracasada, y te lo demuestre con la sutileza de un regalo, ayuda poco, pero así es ella. Mi madre es a partes iguales un apoyo para mí y una agonía constante.

Ya hemos llegado y, aunque le diga a Avril que sería mejor subir por las escaleras, esta insiste en subir con el ascensor. ¡Si solo es un piso! Cada minuto que pasa me confirma que hubiera sido mejor venir sola.

Nos recibe una chica esbelta y estupenda, no esperaba menos.

—¿Les apetece tomar algo mientras esperan?

Yo me pido un té Earl Grey, por supuesto, y me sirve uno de Harrod's. ¡Bien!, esto parece una clínica de categoría, a pesar de la poca destreza a la hora de retocar fotos, pero nadie es perfecto, por eso estoy aquí y ahora. Avril se pide un capuchino con extra de azúcar. La chica ha puesto cara de horror y le dice que solo hay sacarina o estevia. ¡Qué vergüenza!

No hemos terminado las bebidas, cuando la chica nos llama para entrar a consulta. Me levanto de la silla llena de esperanzas, de sueños por cumplir, con una sonrisa y paso decidido.

—Adelante. —La chica nos abre la puerta y nos invita a entrar y, cuando cruzo el umbral, me despido de todo lo que dejo atrás con un: «Tú puedes» luminoso en mi mente.

Estoy en casa más que decepcionada, el doctor Bigtaker resultó ser una mole de ciento treinta kilos. ¿Cómo se supone que va a hacer que adelgace yo, si él solo puede tapar el Sol con su gordo cuerpo? Avril parecía encantada, estaba entre amigos, según ella: él podría entender mejor el problema. ¿Pero cómo confiar en él? Es como comprar crece pelo a un calvo. Me estoy tomando el tercer té del día, estoy más hundida que ayer y encima la consulta me ha costado cincuenta libras. Dinero que no me sobra tirado a la basura, tiempo echado a perder, moral por los suelos e igual de gruesa por un tiempo más.

Otras 2 bolsitas de té

Amanece un nuevo día y compruebo, como cada mañana desde hace un mes, mi flequillo. Lo mido y apunto cuánto ha crecido: de ayer a hoy nada. Luego me peso y lo apunto también: de ayer a hoy tampoco me ha crecido nada el culo, pero tampoco ha reducido.

Avril insiste que le dé una nueva oportunidad a Bigtaker, ella lo visita cada semana, y creo que su michelín inferior ha crecido considerablemente. No le he dicho nada porque me hago cargo de que no lo visita para hacer dieta. Creo que ese día se gustaron y disfrutan de sexo para gordos una vez a la semana. Luego comen pollo frito.

¿Cómo lo harán? ¿Existen camas en Ikea que soporten ese peso? ¿Morirán de asfixia practicando el 69? ¿El doctor Bigtaker puede verse la minga?

Necesito un té, mi imaginación me ha jugado una mala pasada e impactantes imágenes han venido a mi cabeza. ¡Cancelar, cancelar! Esta frase también es del dichoso libro de autoayuda. Debería quemarlo y freír unos *mashmalows* en su honor.

Mi báscula no refleja ningún cambio de peso, a pesar, valga la redundancia, de que he reducido la ingesta diaria de calorías. Después de la decepción que supuso ir a visitar al dietista, pensé que yo sola podía hacerlo, solo había que poner de mi parte y elegir bien las comidas y suprimir los picoteos. Y he recuperado unos vaqueros que no me cabían, será el famoso volumen.

He decidido ponérmelos con el fin de animarme y continuar mi plan de régimen.

He salido a la calle con ímpetu, con decisión, quería gritar: «¡He perdido volumen!», pero alguien me hubiera gritado: «¡Y el flequillo!», así que he desechado la idea.

El ambiente es gris, como casi cada día en Londres, pero puedo vislumbrar unos rayos de sol desde las nubes. Estamos en julio y aunque haga fresquito huele a verano.

Paseo mi recién recuperado pantalón por los pasillos lúgubres del metro. A nadie le importa mi felicidad, pero eso da igual, me importa a mí.

De un tiempo a esta parte han dejado de importarme cosas que antes me dolían en lo más profundo. Puedes vivir cada día como una nueva oportunidad para hacer un pequeño cambio en tu vida, o puedes elegir ser como siempre y decirte: «Es lo que hay». Tú decides. Y he decidido ser feliz en defensa propia.

Y hoy es un gran día, la pérdida de volumen en una mujer es equiparable a un multiorgasmo con el príncipe Guillermo, que, aunque haya perdido pelo como un husky, sigue pareciéndome atractivo.

Estoy perdiendo la sonrisa cuando me acerco a las puertas del trabajo, otro día más atendiendo a desconocidos desquiciados porque han pinchado una rueda, pero ¡es lo que hay!, así que me obligo a mantener la sonrisa con estoicidad.

Debe ser mi día de suerte, es lo que tiene proyectar. Justo a la altura de mi zapato izquierdo hay un billete de veinte libras. No es habitual que mis días sean tan mágicos y yo tan afortunada. Me agacho a recoger el botín cuando oigo un «¡craaaaak!» justo detrás de mí.

Cuando me incorporo noto cierto fresquito en las nalgas, y mis manos van buscando el causante del aire frío.

¡Mierda!, mi pantalón se ha descosido por la costura central de mi gran culo y, como es verano, no llevo ninguna chaqueta con la que cubrir el estropicio. Mis maxibragas, color nude de abuela, están expuestas a todo el público londinense. Entro al edificio apretando los cachetes, como si eso fuera a coser por arte de magia el pantalón, y para colmo me topo con Kevin de frente.

—¿Por qué estás tan roja McDohann?

—Eeeh… tengo frío.

—¿En julio?

—Sí,… todo el año… tengo frío.

Kevin me mira raro, mis titubeos no me ayudan a parecer alguien segura de sí misma que ha perdido volumen. Y, cuando consigo esquivar la incómoda conversación girando lentamente por todo su espacio vital, aumenta su gesto extraño.

—¿Qué mosca te ha picado, Carol?

Me agarra del brazo y me gira como una peonza dejando al descubierto mi culo prieto.

—Madre mía y tanto que debes de tener frío, Miss Celulitis.

He salido corriendo hasta el ascensor y me he pegado a la pared. Andaré así hasta mi cubículo y pediré a Avril que me traiga algo con lo que cubrirme.

Dios, Kevin me ha llamado Miss Celulitis, toda mi alegría se ha desvanecido, de nuevo humillada por el hombre al que amo, soy adicta al sado emocional. ¿Por qué le consiento que me trate así? Se merece que alguien le dé un bofetón de vez en cuando y ese alguien podría ser yo... si no lo amara en secreto.

¡Tengo que adelgazar ya! Tengo que parecerme a esas flacas y superficiales mujeres con las que sale Kevin. Dejar que se arrastre por mí una temporada y devolverle un poquito de lo que él me da cada día: disgustos.

¿Dieta? No creo que alcance mi objetivo en tres meses, debe ser algo rápido y eficaz.

Estoy de nuevo con la guía de empresas de Londres, tomando un té y buscando clínicas de estética reputadas. Voy a gastar mi fondo

reservado de colchón en hacerme una liposucción. Pediré la baja por enfermedad y reapareceré como Victoria Beckam en la oficina.

He llamado a Avril para comentarle mis planes a corto plazo y me ha recomendado escribir mi testamento. Es una aguafiestas, esas cosas solo pasan si te operas en la trastienda de una peluquería y yo buscaré un lugar con buenas referencias.

He contado mis ahorros y he añadido las veinte libras encontradas esta mañana, igual son el comodín de mi suerte.

—Olvida lo que sientes y recuerda lo que mereces —me digo en voz baja mirando mi reflejo en el espejo del baño de la compañía.

9 de 50 bolsitas

Sigo buscando la clínica perfecta y comentando los pros y contras de cada una con Avril. Ella sigue intentando convencerme de que una buena dieta con Bigtaker me sería suficiente.

—Avril, sé que te estás acostando con él.

—¿Yo?, pero ¿qué dices?

—¿Me lo vas a contar ya o vas a seguir inventando historias cada jueves?

Al final ha acabado soltándolo todo.

—En realidad, no es solo un rollo, estamos saliendo y los jueves vamos juntos a Harry's en plan pareja atontada. No quería que supieras que voy sin ti a nuestro restaurante favorito.

—Qué tonta eres, me alegro mucho por vosotros y puedes quedártelo.

—¿El qué?

—Harry's, como vuestro restaurante favorito, el tuyo y el de Bigtaker.

—Se llama Steve, ese es su nombre de pila.

—Como Urkel.

—No sé qué es un Urkel. —Se ha metido una galleta en la boca y se ha encogido de hombros.

—¿Tú crees que las escocesas somos rancias?

—¿A qué te refieres?

—A que somos poco deseables, secas, antipáticas.

—Tienes un pícaro encanto —me ha dicho, pero no he sabido cómo tomarme eso y, tras decir aquello, ha seguido vendiéndome a su novio.

Después de contarme lo gracioso y maravilloso que es su hombre de ciento treinta kilos, me ha insistido para que salga con Peter el de las fotocopias. Según ella está coladito por mí desde la fiesta de Navidad.

—Es *vox populi* en la empresa, Carol. Deberías invitarlo a salir.

Peter es flacucho, blancucho, altucho, todo acabado en *-ucho* que sustituye al mucho. Es todo lo que no me gusta en un hombre, ya que lo prefiero altísimo, morenísimo... ese *-ísimo* que sustituye al guapísimo.

Sé que no soy una reina de la belleza, pero tengo un límite en cuanto a quien meter en mi cama, quizá esa es la razón por la cual mi vagina ha creado una cortina de telarañas.

Seis meses, seis larguísimos meses sin sexo, estoy al borde de la línea que determina la asexualidad.

—Eres demasiado exquisita, así nunca encontrarás a nadie especial.

—Si tengo que elegir entre Peter y mi consolador, me quedo con el segundo.

Lo siento por Peter, apuesto que supera mis seis meses de celibato, pero no me inspira como para arreglarme y salir a bailar de su mano.

—A veces eres idiota, Caroline. Steve puede parecer imperfecto, pero no lo es. Dale una oportunidad a Peter.

Finalmente le he prometido que lo pensaré, la imagen del 69 entre Avril y Steve me ha acaparado la mente y quería terminar la conversación.

Luego, en los postres, ha sugerido una cita los cuatro juntos, no se cansa cuando algo le obsesiona. Como cuando le dio por comer chorizo español, compró todos los blísteres del Tesco hasta que vomitó tres veces después de tres bocadillos seguidos. Puede que yo acabe vomitando a Peter esta noche, me está empachando de tanto vendérmelo y metérmelo por los ojos.

Ya estoy con mi pijama de verano tomando un té en la mesa de la cocina, analizando y canalizando toda la información recabada hoy.

Si Kevin pensara como yo (que lo hace), ni en tropecientos mil años se plantearía salir conmigo. Kevin es un capullo, lo que quiere decir que yo también soy una *capulla*. Mira, por fin tenemos algo en común.

¿Y si resulta que Peter es como dice Avril? Una persona maravillosa con quien compartir buenos momentos, un amigo y amante fiel adicto a la celulitis…

Tal vez se ha inventado que le gusto, yo nunca he oído nada de eso, tampoco hablo con nadie más en la empresa. ¿Los ignoro yo a ellos o me ignoran ellos a mí? ¿Soy víctima y verdugo al mismo tiempo? Será mejor que duerma y mañana haga mis comprobaciones, quizá no soy tan buena chica como me creo ser.

11bolsitas de 50

Flequillo con cuatro centímetros de longitud y volviendo a un estado seminormal. Dentro de poco podré deshacerme de los complementos para pelo y comprar otra plancha, de momento no estoy preparada.

Gente que me conoce en la empresa: ocho personas.

De esas ocho, solo conozco a dos.

Resto de gente a la que ni conozco ni me conocen: doscientas treinta y cuatro.

Confirmado: soy una rancia.

Y una zorra mala, según Scott, persona que me conoce y yo no conozco.

—¿Tu nombre? Pues Carol, la zorra que pasa de Peter.

—¿Me acabas de llamar zorra?

—Bueno, es así cómo se te conoce, eres «la Zorra que pasa de Peter».

Nunca me habían puesto un mote tan de animadora de equipo. He sido la Peggy, la Calabaza, Carol *la Mole* y Zanahoria, pero jamás Carol *la Zorra*. Ha sonado a algo malo, aunque Scott lo haya soltado con naturalidad, lo que me da a entender que Peter, el de las fotocopias, va llorando por mí por las esquinas y vende a la gente que le he partido el corazón cuando no he cruzado más que dos palabras con él en toda mi vida.

Cuando le he contado a Avril cómo me llamaban, se ha limitado a decir que ya lo sabía.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No creí que tuviera importancia.

—Todo el mundo me llama zorra. ¿De verdad crees que no tiene importancia?

Vale, «todo el mundo» es exagerar mucho, solo ocho personas de dos cientos cuarenta y dos, pero me parece grave que mi mejor amiga piense que no tiene importancia. También es verdad que a ella la llaman la Tonelada y no se lo he dicho nunca por no hundirle la moral, pero yo soy la Zorra que pasa de Peter, y es un subidón.

¡Soy una zorra que pasa de un tío! Deben pensar que soy una rompe corazones que copula cinco días a la semana, o una mujer que disfruta humillando a los hombres, incluido el pobre Peter.

—Kevin, ¿tu sabías que me llaman la Zorra que pasa de Peter?

—¿El de las fotocopias?

—Sí, ¿lo sabías?

—¿Pero Peter no sale con Susan, *la Puta del archivo*?

Kevin se ha marchado y me ha dejado con la palabra en la boca. ¿Quién ha osado quitarme a Peter? Yo era su zorra, además, ¿qué

adjetivo gana: zorra o puta?

—Avril, ¿tú conoces a la Puta del archivo?

—¿Te refieres a Susan?

—Sí, creo que se llama así.

—Sí, claro, todo el mundo conoce a esa puta.

Si mi madre estuviera aquí nos iría lavando la boca con lejía y estropajo de uno en uno.

¿Cuándo Avril se refiere a todo el mundo, habla de las doscientas cuarenta y dos personas de la empresa o solo ocho?

No sé cómo ni por qué acabé en la sala de fotocopias, quería ver a Peter con sus largos dedos, pulsando el botón de la fotocopiadora. Y en uno de los destellos de la máquina, se me antojo un vampiro de *Crepúsculo* brillando a la luz del sol.

—Caroline, no te había visto.

Cosa que me pareció rara, tengo un peso considerable y se me ve a varios kilómetros a la redonda.

—¿Estás saliendo con la Pu… con Susan del archivo?

—Bueno, más bien, estaba. Lo hemos dejado.

No sé cómo ni por qué mi siguiente frase fue...

—¿Te apetece quedar hoy conmigo?

Ahora estoy intentando adecentarme mientras me bebo un té con dos bolsitas, necesito una dosis doble. Peter vendrá a buscarme en veinte minutos y aún me pregunto cómo me encuentro en esta tesitura.

La verdad es que quería quedarme con el mote de Susan y ser la Puta de atención al cliente que sale con Peter.

Al final de la mañana no me conformaba con ser la Zorra, aunque, si la cosa no sale bien, pasaré a otro plano en el círculo de ocho personas de doscientas cuarenta y dos y me convertiré en la Guarra que dejó a Peter.

Imagino a Scott gritando desquiciado por toda la planta enmoquetada: «¡Carol es la guarra que ha dejado al pobre Peter!», y a ocho personas señalándome y mirándome con desprecio.

Tampoco es que le haya dicho a Peter que se casara conmigo, iremos a tomar algo y charlaremos de cosas banales, o quizá Peter quiera retozar conmigo y yo no tengo las ingles depiladas.

¡Mierda!, ¡no tengo las ingles depiladas! ¿Y si resulta que me gusta y al final mi voto de castidad puede hacer borrón y cuenta nueva?

He mirado el reloj cuatro veces seguidas y he alzado las manos en señal de alerta, pero los pelos de mi entrepierna no se han combustionado por arte de magia y Peter está tocando el timbre del telefonillo.

¡Asume lo que hay, Carol!, esta mañana tampoco creías que ibas a

tener una cita y mucho menos que serías tú la que le invitaría a salir.

Así que tengo que bajar, aparentar estar perfectamente rasurada y disfrutar de esta velada con el idiota de las fotocopias, es lo que tiene ser una zorra.

12 bolsitas de 50

Ha pasado una semana, siete días enteros desde que salí con Peter y no ha vuelto a invitarme a salir. No entiendo qué fue mal esa noche: fuimos a comer algo por el Soho y estuvimos hablando de muchas cosas. Por ejemplo, sé que tiene alergia a los gatos, que su grupo favorito son los Beatles y que no le apasiona el fútbol. Soy una mujer que sabe escuchar, algo bueno tenía que tener. Yo le conté como perdí el flequillo y mi intención de succionar mi grasa con una cánula. Después nos despedimos y me dijo que ya quedaríamos otro día.

Y después de una semana, no he tenido noticias suyas, cosa que me ofende. ¿No estaba tan enamorado de mí?

Debería hablar con Scott para que anunciara que Carol es una fracasada y encima Avril no ha tenido demasiado tacto con el tema.

—Habrás dejado de gustarle, a veces pasa —ha dicho chupándose los dedos llenos de restos de ganchitos.

—¿Por qué? No hice nada políticamente incorrecto.

—No lo sé, a veces te creas unas expectativas sobre alguien y luego te das cuenta de que no es perfecto.

—Sé que no soy perfecta, pero coño es Peter, el de las fotocopias, no Brad Pitt.

—¿Lo ves?, tú lo estás menospreciando. ¿Por qué te importa tanto?

Pues me importa porque ha herido mi amor propio y además he gastado veintitrés libras en torturarme las ingles para que se parecieran a las de una quinceañera. Tras la cita albergué la posibilidad de que Peter quisiera hacerme una revisión de los bajos fondos, pero mi gozo en un pozo.

Hemos vuelto de comer y mi amiga me ha dicho en pocas palabras que soy un adefesio comparado con Peter, además de hablarme de Samuel, el amigo soltero y encantador de Steve.

—Olvídate de Peter, Samuel es más de tu estilo.

—¿Te refieres a gordo?

—No es gordo, es de complexión fuerte como Steve.

Qué gran verdad, el amor es ciego. Si Steve solo es de complexión fuerte yo soy la Sirenita con dos kilitos de más.

Finalmente, he pasado varias veces por la sala de fotocopias y he saludado con la mano efusivamente a Peter, el cual solo ha respondido con gesto extraño y levantando un poco el mentón. Igual he parecido una psicópata tras el cristal, moviendo los dedos como si tocara el piano en el aire con sonrisa malévola, pero tengo que amortizar las veintitrés libras de la depilación. Me niego a ver brotar lindos pelillos rojos gritándome que mis paredes uterinas están secas tras no regar de nuevo el jardín. Otros seis meses pueden suponer la creación de un nuevo himen artificial de desidia y desesperación contenidas. Tengo

que echar un polvo y mis instintos primarios han elegido a Peter. Es lo que tengo más a mano, no voy a ponerme exquisita.

Finalmente, lo he esperado a la salida del trabajo. Juraría haberle visto aumentar la velocidad de sus pasos cuando he gritado su nombre, pero él me ha prometido que no, que ha sido una sordera momentánea.

—Peter, no me has llamado y me preguntaba si te apetece quedar luego.

—¿Hoy? No puedo —me ha contestado rápido.

—¿Mañana?

—Tengo clases de tenis.

—¿Pasado?

—El entierro de mi tía Muriel.

—Vale, Peter, ¿qué está pasando? —He puesto los brazos en jarras esperando una respuesta convincente.

Lo sé, me he arrastrado un poco durante unos minutos, pero lo del entierro no me ha sonado creíble, aunque tampoco mencionó en la cita nada sobre el tenis...

—Lo siento, Carol, pero no creo que encajemos bien como pareja.

—Nadie ha hablado nada de pareja, ¿no?

—No quiero hacerte perder el tiempo, espero que lo entiendas.

—¿Puedes explicármelo?

—Pues que prefiero salir con mujeres un poco más seguras de sí mismas, que quieras someterte a una operación estética te hace parecer superficial y pierdes un poco el encanto.

Ajá, así que igual si gozo de ese pícaro encanto que mencionó Avril.

¿El flacucho de Peter me está confesando que es una especie de adicto a la celulitis? Siempre he creído que los hombres las prefieren delgadas, pero Peter prefiere morir aplastado por una de mis tetas en pleno acto amatorio a que me convierta en una mujer atractiva más, como si fuera una locura verme mejor, quererme más y mejor, estar conforme con mi cuerpo y no odiarme como lo hago.

—¿Me estás diciendo que no quieres compartir una suculenta cena conmigo porque detestas la idea de que yo me opere? ¿Me rechazas por querer ser delgada?

—Es posible.

—Pero mírame, aún no lo he hecho, sigo siendo un armario ropero. —Abro los brazos y giro sobre mí misma como en un expositor de tartas.

Peter me mira dos veces con el mentón en alto antes de marcharse y dejarme con el orgullo desparramado por el suelo. Es la primera vez que me dejan por delgada sin serlo y, sin duda, está en el top diez de las situaciones más desconcertantes de mi actual vida. Digo actual porque tengo el ferviente convencimiento de que tuve otra vida y que

fui un oso polar, por eso acumulo grasa.

Así que me he tomado un té y, muy a mi pesar, he apuntado en la lista de contras para operarme que algunos las prefieren gordas.

16 bolsitas de 50

El té es como un antidepresivo, te tomas más cuando peor estás.

Esta mañana me he mirado al espejo y me he visto más delgada que nunca, incluso los dígitos de la báscula parecían indicar sesenta kilitos. Pero, al intentar meterme en la talla cuarenta de mis pantalones *reto* (como esos que guardas en el armario de cuando tenías quince años y pruebas a ponértelos, aunque hayan pasado de moda), no he cabido. Los compré en un mercadillo por dos libras, juré a Avril que me metería en ellos y de eso han pasado tres años.

Me he tomado un té paliativo para superar mi antianorexia, término que he inventado para definir lo que me pasa (me veo delgada sin serlo).

Es posible que en realidad me haya estado subestimando todo este tiempo y sea una diosa de la lujuria, que en realidad no peso setenta y cinco kilos, y que todo es producto de mi ingeniosa imaginación.

—Kevin, ¿tú saldrías conmigo?

Tras mirarme de arriba a abajo, Kevin ha respondido a mi pregunta.

—Ni en un millón de años.

Así que he tenido que tomarme otro té y asumir que mi cuerpo no está entre los más deseados, y que, si tiene que debatirse entre Peter el de las fotocopias y Kevin para darse un garbeo, solo me queda probar con Samuel.

—¿Sabes, Avril?, he pensado en que quizá no es tan mala idea quedar con Samuel.

—Carol, lo siento, pero Steve me ha dicho que detesta a las pelirrojas. Lo siento.

Pero ¡qué narices! Entre todas las opciones para perder mi casi virginidad: 1) Tengo que perder peso, 2) tengo que mantener mi peso o 3) teñirme cada pelo de mi cuerpo.

A estas alturas ya me está temblando el pulso y a mi ojo izquierdo le ha entrado un tic.

Tengo que incluir en mi lista de cambio radical: la dermoabrasión con objetos candentes y teñirme el pelo de rubio platino. Aunque esto último podría hacerlo yo misma en casa con un tinte del Tesco.

Me he tomado un té de mi termo y el tic del ojo ha ido en aumento, cosa por la cual Scott ha creído que estaba ligando con él y ha salido huyendo despavorido, así que también ha sido descartado de la lista de posibles ligues.

Al final del día, Steve ha venido a recoger a Avril en su coche, que será más bien una furgoneta, digo yo. El suelo de la planta ha temblado a medida que iba avanzando, como si Godzilla hubiera hecho su aparición estelar para contratar un seguro.

—¡Hola, chicas! ¿Avril, estás lista? —le ha dicho cariñosamente a

mi amiga.

—Dame un minuto.

Abril me ha dejado con Bigtaker a solas.

—¿Qué tal, Caroline, te decides para que te ponga a dieta?

—Bien, gracias, Steve, pero no creo que sea buena candidata para hacer dieta en estos momentos.

Me hubiera gustado responderle otra cosa más ofensiva, pero le dejaré que siga creyendo que es un ejemplo para la sociedad.

Avril ha vuelto con los labios pintados de rojo pasión y me ha invitado a ir con ellos a Harry's. He dicho que sí, puesto que no tengo nada mejor que hacer y me apetece ver cómo se desenvuelve con el romanticismo y los preludios sexuales una pareja de su calibre.

Cuando hemos llegado al ascensor, varias personas cuchicheaban al otro lado, creo que apostaban a que el ascensor no aguantaría nuestros tres pesos y moriríamos desplomados con la cabina.

—Yo creo que bajaré por las escaleras —he dicho preocupada.

—No seas tonta, son seis pisos.

Finalmente, he accedido a compartir el espacio vital del elevador y nos hemos apretujado como hemos podido. Mi mano ha resurgido de entre la masa magra y ha pulsado el cero, ha sido casi como el parto de una extremidad pidiendo auxilio.

Conforme iba bajando la caja, esta ha ralentizado la marcha y la luz del ascensor ha comenzado a parpadear.

—¿Qué coño pasa? —he dicho casi ahogándome.

Tras pronunciar la frase, este se ha detenido en seco dando una sacudida.

—Joder, joder, joder. ¡Vamos a morir todos! —he gritado presa del pánico.

—Tranquilízate, se habrá ido la luz.

—¿Qué luz? La cabina va a desprenderse y se nos partirán las rodillas. ¡Socorro! ¡Ayudaaa, sáquennos de aquí! ¡No he follado en seis meses, voy a morir virgeeeen!

Mis acompañantes me han mirado fijamente y yo he pasado de ellos. He seguido gritando cosas íntimas y personales, confesándole al mundo mi vida interior antes de morir, hasta que algo me ha hecho frenar en seco. Algo que ha entumecido considerablemente mi carrillo izquierdo, sintiendo que el calor se apoderaba de la zona haciendo juego con mi pelo de fuego.

—Steve, ¿me has dado un guantazo?

—Lo necesitabas, muchacha, estabas fuera de órbita.

Sí, el novio de mi amiga, el falso dietista, me ha dado un tortazo con su mano rechoncha. Avril no ha dicho nada, se ha quedado con la boca abierta como esperando que le introdujeran un bocadillo de humus.

Los tres nos hemos quedado en silencio hasta que han venido a rescatarnos, mientras las otras dos personas valientes, que también habían confiado en la potencia del ascensor, no nos quitaban la vista de encima.

Cuando nos han sacado por el techo de la cabina, uno a uno con una cuerda (ahora sí creo que los bomberos son los hombres con más fuerza del mundo), la gente de la oficina no ha arrancado ningún aplauso. Todos me miraban aguantando la risa. Peter estaba sacudiendo la cabeza y Kevin era el único que no había reprimido sus carcajadas.

Ya en la calle mi amiga ha fingido y ha actuado como si no hubiera pasado nada.

—Venga, vayamos a Harry's.

—Id vosotros, yo me voy a casa.

Y andando con la música de Benny Hill sonando en mi mente he llegado a casa, me he tomado mi dosis de teína y he intentado meter la cabeza en el horno, pero no me cabía.

2 Bolsitas de té suman 18 de 50

Dos semanas después del incidente del ascensor ya nadie se acordaba de lo sucedido, aunque me había ganado un nuevo mote: Carol *la Virgen*.

Peter pasaba de mí más de lo normal y el único que mantenía la broma era Kevin, que utilizaba la expresión «¡la Virgen!» cada vez que pasaba por mi lado y se le caía un boli. El hecho de que cambiara el tono de su móvil por la canción *Like a virgin* de Madonna se hizo algo pesado.

—¿Cuándo vas a cansarte, Kevin?

—Cuando consigas deshacerte de los seis meses de castidad.

Cada vez más se desvanece la pasión ciega que le tenía y en parte se lo agradezco.

—Kevin es un completo imbécil —le he dicho a mi amiga.

—Puede ser, pero tú también tienes lo tuyo.

¿De qué va esta? Si se cree que he olvidado el bofetón que me dio su novio, va lista. Creo que se puso cachondo y todo, algún día la someterá y la atará como a una puerca para azotar con un matafuego su gigantesco culo. Entonces será cuando le diga: «Quizá le has dejado de gustar, jodida zampabollos, por eso te azota hasta dejarte la nalga entumecida».

No me gusta ser rencorosa, pero desde que el amor llamó a su puerta no es la misma y está insoportable.

Después de ese cabreo momentáneo, he sacado mi termo y he saciado mi sed de venganza con un té calentito.

A la salida del trabajo he pasado por Tesco dispuesta a comprar un tinte casero. He querido empezar por lo más barato y sobre todo no hacer caso a lo que Peter opine al respecto. Seré lo que yo quiera ser, y quiero dejar de ser una Mérida oronda para ser Elsa la de *Frozen*.

En la sección de perfumería hay todo un estand gigantesco de tintes, los colores van numerados, pero la chica de la foto del paquete puede servirte de referencia a la hora de escoger.

—Ese color es fantástico y le quedaría muy bien.

Me aconseja una señora de mediana edad sin pedírselo.

—Oh, gracias, es mi primera vez y no sé cuál escoger.

—Mira, si quieres el pelo tan rubio lo mejor es que cojas un decolorante. Este, por ejemplo.

La señora coge uno del estante y me lo da, me fijo que lleva el pelo perfectamente tintado y me fío de ella.

—Muchas gracias, creo que le haré caso.

—Yo me lo hago yo misma, lo mejor en esta vida es ser

autosuficiente.

—Toda la razón, señora.

Con esa simple frase, la señora de peinado impecable me alienta a hacer lo que me dé la real gana, sin miedo, sin dubitaciones, con energía de autorrecarga. Nadie hará por ti todo aquello que no te atrevas a comenzar tú misma. Y el primer cambio *low cost* lo llevo en la mano con orgullo hasta la caja para pagarlo.

Ya estoy en casa, con una toalla por los hombros y los guantes de plástico que venían en el paquete. Hago la mezcla de elementos y lo esparzo por el pelo. Tengo que esperar treinta minutos antes de retirarlo, así que me hago unas palomitas y enciendo la tele.

A los cinco minutos, empieza a escocerme la cabeza y a cada minuto aumenta el grado de escozor.

Es como llevar una olla en estado de ebullición en el cuero cabelludo, pero para estar guapa hay que sufrir hasta quemaduras de tercer grado si hace falta.

Joder, llevo doce minutos con un picor importante y he leído en la caja que podía provocar reacción alérgica.

Puedo soportar unas quemaduras, pero un *shock* anafiláctico es otra cosa y tal vez debería retirar el producto antes de entrar en colapso o que me explote la cabeza.

Corro al baño y meto la cabeza bajo la ducha, el agua tibia es un gran alivio, masajeo con fuerza y aclaro el mejunje. Envuelvo mi pelo en una toalla y parece que no ha hecho efecto por el color de las puntas. Qué razón tienen las abuelas cuando dicen que lo barato sale caro. Mi pelo está como estaba, no ha bajado ni un mísero tono. Pero el horror, ese que siempre acude a mí en el momento menos esperado, poniéndome los nervios a flor de piel, aparece cuando me quito la toalla para peinarme.

Tengo las raíces rubias, ¡qué digo rubias, son blancas! El oso polar que fui ha salido a la luz. Pero, a medida que cae, el pelo ha cambiado a tres tonos diferentes. Soy un puto arco iris de tonos naranjas. Miro la hora, pero no hay tiempo para ir a comprar otro tinte y arreglar el estropicio.

Kevin tiene prohibido llevar gorro en el trabajo, ¿qué se supone que voy a hacer? Volverá a creer que llevo una peluca. Podría raparme la cabeza, pero pasaría a ser la virgen calva y por ahí no estoy dispuesta a pasar.

Mi madre ya estaría calentando la tetera y buscando una solución práctica, pero yo voy a limitarme a meter la cara entre dos almohadas y practicar la autoasfixia sin una pizca de erótica.

1 Bolsita de té más, suma 19 de 50

He recogido mi pelo en un moño enmarañado, parezco un *muffin* de calabaza. Base blanca y *topping* naranja. Es la solución más práctica que he encontrado.

Lo primero que he hecho esta mañana, ha sido pedir cita en una peluquería para que arreglen la mala praxis que ha sufrido mi cabellera.

Pero antes he tenido que venir a trabajar.

—¿Qué narices significa eso? —dice Avril señalando mi pelo.

—Mejor no preguntes, mañana estará arreglado.

—Carol, deberías madurar un poco, tienes veinticuatro años.

Le he dado las gracias por recordármelo y he seguido a lo mío. Pero a medida que avanzaba el día y atendía llamadas de socorro me he ido enfureciendo. ¿A qué venía lo de madurar?

¿Acaso no soy yo una mujer independiente que paga sus propias facturas y capaz de lidiar con mi propia vida? Ella es la que a sus treinta y uno todavía vive en casa de sus padres, gasta todo su sueldo en comer y comer y, además, carece de aspiraciones. He tenido varias veces la intención de decírselo, pero no merece la pena sulfurarse ahora que yo parezco una cerilla encendida, la vida me devolverá la piedra.

Por suerte Kevin no ha aparecido hoy por la oficina y me he librado de sus burlas incesantes.

Peter, al verme, ha esbozado una sonrisa y, no sé cómo, me ha subido la moral. Tengo una extraña sensación con él, es casi como si me gustara.

Vale, quitemos el casi, me gusta, y desde que me dijo aquello aún me gusta más.

Tengo que aprender a sincerarme conmigo misma y aceptar lo que me gusta y lo que no, aunque me extrañe de ello.

Sé que dije que era altucho, flacucho e incluso feúcho, pero me gusta, y que opine de mí que soy una superficial me pone aún más, porque jamás he sido nada de eso y mucho menos he ido irradiando seguridad a la gente desde que tengo uso de razón.

Estoy en la peluquería y además de arreglar el color, me decido a cortarme el pelo. Bernardo, así se ha presentado el peluquero, ha gritado y ha hecho aspavientos con la mano al verme la cabellera.

—Esto es un *horrore, ma,* mira qué puntas, no tiene forma, esto es un desastre de *manuale*. ¡Menos mal que estás en manos de Bernardo y te voy a dejar, *divine*!

Su efusividad y entusiasmo me han convencido y me dejo llevar por sus manos expertas.

No me da tiempo a reaccionar, ha cortado un buen trozo de pelo, este hombre es un torbellino, además, no me deja decir nada.

—¡Shhhhhhh! ¡Estoy creando!

Pues le dejaré que cree, no vaya a quitarle la inspiración y me deje hecha un cristo.

—¡Listo! Mírate y contempla, eres una diva pelirroja.

Gira la silla y me posa frente al espejo. Y para mi asombro… Tiene razón.

Mi pelo está fantástico, justo a la altura de mis hombros, con un color brillante y un poco más claro que mi color habitual. Me encaja a la perfección en la cara y me la hace más delgada.

—Bernardo, eres un mago.

—Lo sé, querida, lo sé.

La cosa me ha costado sesenta libras, pero ha merecido la pena, me veo guapa y mi autoestima ha subido tres puntos. Espero que a Peter le guste, me sorprende este pensamiento. Lástima que mañana sea sábado y no me vaya a ver perfectamente peinada, lo que me recuerda que tengo que comprar una nueva plancha, ya estoy lista para ello.

En casa me miro un buen rato al espejo y me tomo un té, esta vez para celebrarlo.

20 Bolsitas de 50

Los sábados, Avril y yo solíamos salir de compras por los mercadillos y comíamos comida china en uno de los puestos de Candem. Hoy estoy sola y preparada para salir a comprar una plancha de pelo.

Desde que el amor se instauró de forma permanente en la vida de mi amiga, soy un alma solitaria, eso sí, ahora con un pelo precioso que debo mantener.

Ando por Piccadilly con mi nuevo peinado y me miro disimuladamente en los escaparates.

Llego a la tienda de electrodomésticos y paseo por cada pasillo, el de cocinas de gas, frigos, lavadoras y por fin me encuentro en el de pequeños electrodomésticos. Hay un sinfín de planchas, incluso con estampados de piel de leopardo, lo que las hace más caras, pero igual o menos eficientes que la típica de un solo color.

Llevo unos quince minutos mirando, cuando una voz tras de mí se ofrece a ayudarme.

—Sí, la verdad es que... ¡Peter!, ¿qué haces tú aquí?

—¡Carol!, no te había reconocido, ese peinado nuevo… te sienta genial.

—Gracias, ¿trabajas aquí?

—Ya ves, solo los sábados, sacar fotocopias no está muy bien pagado, esto me ayuda a llegar a fin de mes.

—Me hago cargo y… ¡me alegra verte!

—Vaya, pues gracias, supongo. ¿Qué necesitas?

Y la conversación se torna monotemática: potencias, tiempos de calentado, consumo eléctrico y todo lo referente a la elección de un buen producto calidad-precio.

Lo escucho embelesada, incluso pierdo el hilo de lo que dice, sustituyendo sus palabras por otras: «Estás preciosa, amor mío, podríamos ir al otro pasillo y hacer el amor sobre una placa vitrocerámica...».

—Sí —digo en voz alta.

—¿Sí, qué?

Me obligo a volver a la realidad.

—Que sí, que me llevo esta. —Cojo con determinación la plancha que tengo delante.

Peter me acompaña a la caja y pide a su compañera que me cobre.

—Bueno, Carol, nos vemos el lunes.

—Claro, y gracias por tu ayuda.

—Es mi trabajo, pasa un buen día.

Pago la plancha y me marcho de allí con un regusto raro. No sé muy bien lo que ha pasado en la tienda.

Ando de nuevo sola por las calles, y con hambre, cuando suena mi móvil.

—¿Quién?

—Carol, soy Peter. ¿No habías memorizado mi teléfono?

—Sí, perdona he descolgado sin mirar.

Le he mentido, la verdad es que lo memoricé y, después de que me dijera que no volvería a salir conmigo, lo borré de mi agenda de cuatro contactos.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

Me he tenido que tapar la boca para no pegar un gritito.

—Carol, ¿sigues ahí?

—Sí, lo siento, pues tenía una cena de amigas, pero creo que se ha cancelado. —Intento parecer interesante, pero la realidad es que no tengo ningún plan a la vista y mucho menos amigas.

—Entonces, ¿te apetece que quedemos a eso de las siete?

—Sí, me parece bien, pasa a recogerme a esa hora.

Cuelgo y empiezo a dar saltitos de alegría ante la mirada asustada de dos niños con piruleta.

—Mamá, esa señora está loca y las tetas parecen dos bolsas de agua —dice uno de ellos señalándome.

En otro momento esto me hubiera sofocado, pero les sonrío y me marcho la mar de contenta con mis ubres saltarinas, ya quisiera su madre de pecho plano tener mi delantera.

Deberían canonizar a San Bernardo, el peluquero de las causas perdidas, ha obrado un milagro conmigo y tengo una cita esta noche. Espero ganarle la batalla a Kevin y que deje de martirizarme con lo de la Virgen. Sé que es poco ético y poco femenino contar las intimidades de una, pero si así consigo que me deje en paz… Además, está Avril y sus ataques continuos, valiente cabrona, voy a demostrarle lo capaz que soy de ser *normal*.

Entro en una cafetería a tomarme un refrigerio, cuando veo entrar a Steve con una chica muy atractiva, muy delgada y muy rubia. Me escondo tras un biombo de mimbre, que delimita la sala del baño, y observo actitudes cariñosas entre ambos. Aunque quizá me equivoco y es una prima, hermana, amiga… ¿Cómo va a estar esa chica con Steve?

Pues no, cuando han salido, iban cogidos de la mano y a mí me temblaba el pulso.

¿Debería decírselo a Avril? No lo sé, incluso pienso que no me creería. Mejor será que ella resuelva sus propios asuntos y yo me tome mi té y mi bollito en paz, que tengo que pensar en el modelito de esta noche.

¡¡¡¡Yujuuuuuuuu!!!!

21 Bolsitas de 50

Mi pelo, ¡espectacular! Mi cuerpo, el de siempre. Y mi ánimo, por las nubes.

Qué guapa te ves, cuando sales de tus rutinas y te vistes de amor propio, dejando a un lado todo lo que no encaja en tu vida. Y eso que aún no sé si Peter y yo vamos a encajar del todo.

Mi príncipe flacucho, ese que no me gustaba y que ahora me resulta interesante.

He sacado toda mi ropa del armario y, mientras sorbía mi taza de té, he ido repasando las prendas con ojos de lechuza.

Esto es un desastre, nada combina perfectamente. El hecho de no haberme preocupado demasiado estos últimos años por la moda es el reflejo de mi caótico fondo de armario.

Tampoco tengo una amiga a la que llamar y que me preste el último vestido de Prada. Avril podría prestarme uno de sus vestidos para cubrir un camión, pero no sería un buen plan.

Tras dos horas de pase de ropa para amorfas, me decido por camiseta negra, pantalón negro y un collar de cuentas que compré en Candem por una libra. No me veo tan mal y, además, el negro estiliza un poco mi orondo cuerpo.

Peter ha llegado puntual y lo aviso por el interfono de que bajo en dos minutos.

Me calzo los tacones que tenía olvidados en el zapatero y me siento como una elefanta en una cuerda floja. Tengo menos estabilidad que un alemán en la Oktoberfest.

Respiro hondo dos veces y cierro la puerta.

Bajo los escalones de uno en uno, agarrándome al pasamanos, pero, cuando estoy a unos pocos de toparme de frente con la puerta de la calle, decido bajar a lo Gilda. Es poco elegante parecer una octogenaria y el plan de hoy es perder mi virginal estado.

Veo a Peter tras la puerta, me está mirando con una leve sonrisa en la cara, aún tengo una mano en el pasamanos. Decido soltarme y bajar con sensualidad, lo saludo efusivamente con la mano libre y me libero de la agarradera para seguir bajando. Un pie, otro pie y así hasta completar cuatro, pero los tacones no aguantan al oso polar que fui en otra vida y se quiebra. ¡Joder, joder... Siento que voy a caer. Peter se ha pegado al cristal de la puerta, con cara de angustia al no poder socorrerme y, como a cámara lenta, caigo escaleras abajo.

Oigo la voz en *off* de Peter gritando: «¡Ca-roooooool!», al otro lado y un grito ahogado de mis entrañas.

—Siento mucho que la cena de hoy haya sido una barrita de muesli de la máquina del hospital —le digo ya en la puerta de mi piso.

—No te preocupes, ¿te encuentras bien?

—He estado mejor, pero ya casi no me duele.

Me hago la dura, la verdad es que me duele bastante, y me han tenido que poner tres puntos en la barbilla ya que aterricé en el rodapié de la entrada. Pero otras partes de mi cuerpo están en plenas condiciones y estoy dispuesta a rematar la faena.

—Peter... ¿Te apetece subir a casa?

—¿Estás segura?

—Estoy segura, déjame compensarte.

No, no he follado.

Él pensó que no había nada que compensar.

—Carol, no tienes que hacerme una mamada de sustitución.

Yo insistí como una perra en celo.

—Yo creo que sí, la noche es joven, bájate los pantalones, ¿qué talla usas? Es la cinturilla más pequeña que he cogido en mi vida.

Él creyó que me habían dado demasiados calmantes.

—Estás muy drogada, será mejor que te meta en la cama.

—Síííí, méteme en la cama, estaremos más cómodos.

Y lo hizo, me metió en la cama, pero no metió nada más. Me arropó y, tras darme un beso en la frente, se marchó a su casa.

En eso se resumen dos horas en mi apartamento, y no quiero extenderme en más explicaciones porque me da hasta vergüenza.

He destapado un bollo de chocolate y crema, siempre guardo un par de ellos para estados de emergencia en el cajón de la mesita de noche, pero el estado de mi barbilla y mi mandíbula no me dejan masticar. Quizá la caída me ayude a perder un par de kilos. Me haría un té, pero estoy muy calentita en la cama. Peter sabe cómo arropar bien a una chica y yo no sé hacer nada bien. Es la segunda cita con él que estropeo por culpa de esta personalidad, con la que el universo me ha proveído, por no hablar de otros aspectos físicos y demás aptitudes hacia la vida. Intento mascar el bollo, pero no puedo, lo vuelvo a meter en el cajón a medio roer y suspiro hundida en mi almohada ergonómica de Mark & Spencer. Me digo a mí misma buenas noches y apago la luz de mi lamparita otra vez con la autoestima por los suelos.

23 Bolsitas de 50

El domingo lo pasé con resaca emocional, no pasó nada interesante, así que me saltaré esa tediosa parte en la que me autoflagelé mentalmente. Evidentemente me tomé dos tés paliativos.

Ya es lunes. Día en el cual me enfrento de nuevo a mis miedos y martirios. Por un lado, están Avril y su angustiosa felicidad con Don Grasas Saturadas, y el hecho de haberlo visto con una supermodelo el sábado. Me otorga un poder: podría quitarle esa cara de enferma del amor de un plumazo, pero no lo haré.

Luego Kevin con sus chistes sobre vírgenes, lo que en realidad ya me tiene sin cuidado.

Mi barbilla zurcida como un calcetín viejo y las fastidiosas preguntas: «¿Qué te ha pasadoooo?», con falso tono de preocupación.

Y, por último, Peter y la carga que supongo para él.

Para mi sorpresa paso la barrera del «¿qué te ha pasadoooo?» y la de «me gusta tu peinado» sin problema, lo que me indica que la gente de mi empresa no se preocupa falsamente, es que directamente les importas una mierda.

Paso por el cuarto de fotocopias y Peter no está, lo he buscado con la vista, pero no hay ni rastro.

Lo que sí me encuentro de frente es la cara de seta de Avril.

—¿Qué te pasa?

—Steve me ha dejado.

El estómago me da un vuelco, no sé si de emoción o de indignación.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasadooooo? (adviértase mi tono de falsa preocupación).

—No lo sé, no me lo ha dicho. Solo me llamó y me dijo: «Quiero dejarlo».

—¿Te ha dejado por otra? (¡ups!).

—Te he dicho que no lo sé... ¿Tú crees?

Y he seguido diciéndole que no lo sabía, que solo era una pregunta, y que ¡qué cabrón! y todas esas cosas falsas que se dicen con tal de consolar.

Estaba tan sumida en su desgracia que no ha dicho nada de mi pelo ni de mi barbilla, es realmente indignante.

Yo y mi culo gordo la han aguantado todos estos años, he sido prácticamente su pera de boxeo y es tan egoísta que no tiene ni idea de cómo se encuentra mi vida en estos momentos.

—La verdad es que vi a Steve el sábado con una rubia guapísima, delgadísima y no sé si i*nteligentísima* (tooooomaaa, de carrerilla y sin respirar).

—¿Dónde… cuándo...?

—El sábado en una cafetería, cerca de Lilly Whites.

Podría haber ahondado más, decirle que salieron de la mano y torturarla un ratito, pero me lo reservo para el próximo *round.*

Se ha dejado caer en la silla y las ruedas de la misma han soltado un gritito ahogado: «Socorro, por favooor».

—Voy a ver a Peter.

Me he ido y la he dejado ahogarse en su propia mierda. Sé que está mal, pero me tiene cansada. Cuando todo en su vida era felicidad estuvo hundiendo mi moral día sí y día también, además de quedarse impasible cuando su novio me propinó un guantazo.

—¡Hola, Pet!

—Ey, hola. ¿Cómo estás, te duele? ¿Has dormido bien?

Peter ha acariciado mi barbilla suavemente, me ha parecido muy sensual.

—No, ya no, espero que no me quede cicatriz.

—Esperemos.

—Peter, me preguntaba si hoy querrías echarme el polvo que no me echaste el sábado, si no es molestia.

Hoy estoy que me salgo, directa, mordaz, picante. He visto la nuez de Peter subir y bajar a cámara lenta cuando ha tragado saliva.

—Eeee... Sí, por qué noooo —responde algo asustado.

—Bien, en mi casa a las ocho. ¿Te parece?

—Me-me… me parece bien.

Genial, no sé cómo he tenido los santos ovarios, pero lo he soltado sin pensar. Cuando veo pasar a Kevin, me siento fuerte.

—Eh, Kevin, ve buscando un nuevo tono para tu móvil, mañana tendré de nuevo abierto el chiringuito. —Chasqueo los dedos en plan ridículo sin importarme lo más mínimo.

Kevin solo ha puesto cara rara y ha dicho: «Puaaaaj», pero no me importa porque ¡¡¡hoy follo!!!

Son las siete y reviso mi vello púbico, la depilación está aún en pleno rendimiento, la cera, a diferencia de la socorrida cuchilla, ha merecido la pena. Cuando fui a depilarme, hace ya un tiempo lejano, hubiera podido usar las bandas de cera como felpudo de entrada a mi casa, pero aún luce bien.

He retocado mi pelo con la plancha nueva, que también ha resultado ser efectiva.

Cuando he abierto la mesilla, entre los papeles vacíos de bollería industrial había un solo preservativo. Parecía saludarme con la mano, pero no. El cajón le sirvió de caja mortuoria desde el 2008, fecha en la que caducó el pobre infeliz.

Cojo el móvil y le envío un mensaje a Peter para solucionar la tragedia.

«Mi vagina necesita condones.»

No sé por qué he escrito eso, hubiera sido más fácil poner trae condones, pero de algún modo la vagina quería estar presente para que Peter fuera consciente que aquí hoy se moja.

Son las ocho menos cuarto, he cambiado las sábanas y creado un ambiente romántico-sensual. Dos copas de vino esperan en el recibidor, cuando la puerta suena cojo una para ofrecérsela.

—Hola, pasa, tomate un vinito. ¿Leíste mi mensaje?

—Hola, sí...

—¿Los has traído?

—Sí, claro.

Peter parece abrumado, pero yo sigo con mi papel de amante cachonda y no se me da nada mal.

Me siento al borde de la cama y esta se inclina levemente del lado opuesto. Porque no lo he dicho, pero mi casa solo tiene dos puertas, la de entrada y la que delimita el baño del resto de la estancia. Un cuadrado de treinta metros con múltiples funciones, salón-dormitorio y cocina abierta.

—Ven, siéntate conmigo.

—¿Ahí?

—Sí, tonto, aquí.

Le muestro el lugar con unas palmaditas en el colchón, otra vez, y me hace caso. Cuando se sienta la cama vuelve a inclinarse del lado opuesto, simulando el hundimiento del Titanic.

—Mejor pongámonos en el centro.

Vale, a estas alturas ya sé que la situación es más ridícula que erótica, pero si yo fuera la puta ama de la seducción no me habría tornado virgen de nuevo.

—¿Quién empieza?

—Carol, esto es impersonal, y raro.

¡No me digas! No me había dado cuenta. Todo eso ya lo sé, pero este tío es soso y yo tengo un asunto pendiente, así que...

Me abalanzo sobre él, le como la boca como si de un perrito de puesto callejero se tratara, no sé si puede respirar o no. La bolsa que traía y que, por cierto, aún no ha soltado, da bandazos por el aire.

—Carol, casi me matas.

—¡Pues deja que te mate!

Le quito la correa y el pantalón a lo David Cooperfield y el churro todavía está sin freír.

—Está fofa. Peter, ponte en situación —grito desesperada.

—Así, así no puedo.

—Déjame a mí.

Le quito de un zarpazo los calzoncillos y me hundo en su entrepierna. Peter suelta gemiditos, pero la pililа sigue dormida, es como chupar un globo desinflado, un trozo de bolsa del Tesco, un

moco de pavo… Decido probar otra cosa…

—¡Adiós, Carol!

—Espera, Peter, vamos a hablarlo…

Sale con un portazo y me deja con la palabra en la boca y un pelillo de su escroto entre los dientes.

Sí, lo sé, igual me he pasado. Pero una vez leí en una revista femenina que en ese caso es mejor actuar antes de preguntar, que muchos hombres se niegan en rotundo y cuando lo sienten disfrutan mucho. Pero Peter no ha gozado, se ha enfadado por no pedirle permiso antes de entrar en la caverna.

Sí, le he metido un dedo por el agujero del culo, sin lubricar y a quemarropa. Habrá sentido entrar un cohete y lo he espantado. Y, para colmo, dentro de la bolsa había condones vaginales del tamaño de una carpa de circo.

¿Por qué narices habrá traído eso?

Voy a meter la cabeza en uno de ellos y esperar la muerte.

25 Bolsitas de 50

Aún sigo viva y con un té doble en el cuerpo.

Me he lavado el pelo y no me ha quedado ni de broma igual que cuando salí de la peluquería.

He llegado a la oficina diez minutos tarde tras intentar domarlo con la plancha nueva.

Al pasar por la sala de fotocopias, Peter me ha dedicado una mirada matadora, y se me han helado todas las carnes.

—Buenos días, Finger de Queso.

—Perdona, Kevin. ¿Cómo me has llamado?

—FIN-GER-DE-QUE-SO.

Vale, lo he pillado a la primera, pero no daba crédito. Que mi nuevo mote tenga que ver con una comida a la que se le llama dedo, significa solo una cosa.

—Peter, ¿cómo se te ha ocurrido contar lo de anoche a todo el mundo?

—A todo el mundo, no, a Ralph.

—¿Quién narices es Ralph?

—¿Qué más da quien sea Ralph? Tengo una fisura anal, he cagado sangre esta mañana, ¿contenta?

Qué maravilla, mis dedos son tan gordos que le he provocado una fisura anal a Peter, razón por la cual nunca podré lucir un anillo de compromiso. La primera por fisgona de anos y la segunda porque no fabrican de mi tamaño.

—Lo siento, no creí que un solo dedo pudiera provocar eso.

—Un solo dedo sin lubricar y a traición puede provocar eso y más —ha dicho enfadado—. Tengo mucho trabajo, Carol, ya hablaremos luego.

—Vale, Peter, lo siento.

Bueno, está enfadado, lo entiendo, pero por lo menos tiene intención de hablar conmigo luego, tal vez quiera darme una oportunidad o pedirme el dinero de los condones vaginales. Sabía que tenía que preguntarle algo, pero lo de la fisura me ha descolocado.

—Buenos días, ¿qué tal estas hoy?

—Estoy confundida —responde Avril con cara larga, si es que eso es posible en nosotras.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque ayer llamé a Steve y le dije lo de la rubia y me dijo que eso te lo has inventado tú porque te gusta.

—¿Cóóómoooo?, pero ¿cómo voy a inventarme eso? ¿Avril, no lo habrás creído? Además, a mí Steve no me gusta.

—No estoy tan segura, has estado muy celosa de mí desde que

empecé a salir con él y te has alegrado de que me haya dejado.

—¿Qué absurdidades son esas? ¿Te ha bajado el potasio o qué? Mira, no estoy para tonterías en estos momentos. Ni siquiera me has preguntado qué le ha pasado a mi barbilla, ni por mi cambio de peinado, ni cómo me va con Peter, ni nada de nada...

He despotricado un rato más hasta que Avril se ha puesto a llorar. He intentado abrazarla, pero los brazos no han llegado a juntarse. Igual me he pasado, pero yo también tengo un límite.

—¿Sabes una cosa?, le he provocado una fisura anal a Peter.

Ha puesto cara de asco y luego se ha reído.

—Acabo de entender por qué te llaman Finger de Queso.

¿Quién narices será el tal Ralph ese? Lo tengo que averiguar.

A la hora de comer, mi móvil me sorprende con un mensaje de Peter.

«¿Comemos juntos?»

Evidentemente he dicho que sí, así que le he pedido el cojín de asiento a Avril, de cuando tuvo almorranas, y he acudido a mi cita exprés de media hora.

—¿Qué narices es eso?

—Un cojín para almorranas, he pensado que te vendría bien para lo tuyo... Ya sabes.

—Tira eso, me está dando vergüenza.

Vale, el comienzo no ha sido bueno, pero yo solo quería ser amable.

Me he pedido una sopa de champiñones y una ensalada, pero lo de sorber sopa delante del hombre al que te quieres trincar no es buena idea.

—De verdad, Peter, no sabes cuánto lo siento, no debí hacer semejante estupidez. Las revistas femeninas hacen mucho daño en la sociedad.

—Vale, Carol, no quiero que ese tema nuble nuestra comida. La verdad es que quería preguntarte una cosa.

—Bueno, pues pregunta.

—¿Qué quieres exactamente de mí?

—¿Que qué quiero de ti? Pues resulta evidente.

—¿Evidente? ¿Quieres sodomizarme?, ¿usarme?

—No, no, no. ¿Cómo dices eso?

—Pues porque no entiendo tu actitud, tu forma de actuar, tus mensajes de «mi vagina necesita condones».

—Espera un momento... ¿Por eso compraste condones vaginales?

—¿Por qué razón, si no?

—Me entendiste mal, Peter, quería ser picante, me refería a preservativos corrientes, para tu... pilila.

—¿Quién cojones llama hoy en día al pene, pilila?

—¡Pues yo! Pero también se llamarlo de otras formas: polla, verga,

nabo…

—Para, para, Carol, la gente nos está mirando… ¿Por qué finges ser una persona que no eres?

Buena pregunta, no me lo había planteado así. Quizá estoy haciendo la lerda total y estoy adoptando una postura poco ortodoxa con todo esto.

—Pues no sé, Peter… Quizá sí me he extralimitado un poco. Solo quería gustarte.

—Y no has pensado por un momento que me gustas tal y como eres, sin florituras, sin adornos ni corazas, me gustas simplemente tú.

—¿Eres un adicto a la celulitis o algo parecido? Mírame, por el amor de Dios, ¿crees que una chica como yo puede pensar que no necesita adornos?

—A eso mismo me refiero, ¿tan poco te quieres?

Peter me agarra la mano y, por primera vez, siento algo diferente a los últimos días.

—Creo que sí, pero igual he encontrado el remedio.

—El remedio eres tú y la manera en que te ves.

—Bueno, es que es difícil no verse a una misma pesando lo que peso.

—En ese caso puedes quererte el doble, ¿lo entiendes?

—Puedo intentarlo.

—Esa es mi chica. —Me aprieta la mano y me la suelta para comer de su sándwich. —Tengo que coger fuerzas para luego—. Levanta las cejitas y capto el mensaje.

28 bolsitas de 50

He vivido un carnaval de orgasmos, fuegos artificiales y charangas étnicas esta noche.

A la salida del trabajo, Peter me acompañó a casa, le ofrecí subir y prometí tener las manos quietas.

Me ayudó a recoger los pañuelos de papel usados con mocos de desolación, a emparejar el sofá y airear la estancia. Luego bajó a por comida china y unas velas perfumadas.

Fue él quien se encargó de crear un ambiente perfecto, y nuestras citas desastrosas quedaron olvidadas a la luz de las velas de fruta de la pasión.

—Gracias, Peter, estás haciéndome sentir especial.

—Es que eres especial.

Esas palabras aceleraron mi pulso y sonrojaron mis mejillas.

Cuando terminamos la improvisada cena, Peter me dio el primer beso de verdad. Ese cálido beso, ese beso que preludia una relación sincera.

Fue tan perfecto, tan cálido y amable que me sentí la mujer más bella del universo.

Le ofrecí una taza de té y nos la bebimos acurrucados en el sofá.

Luego volvió a besarme y, mientras continuaba besándome con un poco más de fuerza, me condujo hasta mi cama y me tendió con cuidado.

Esta vez el churro estaba bien frito, se podía adivinar el tamaño aun estando bajo el pantalón.

La ropa cayó sobre la moqueta y nuestros cuerpos sedientos se pusieron en materia con un preservativo convencional.

Tras el primer polvo bebimos otra taza de té para reponer fuerzas.

—Ten, le vendrá bien a tu pilila —bromeé.

El segundo asalto fue más romántico, más cómplice. Fue tan bonito que me vi los muslos tersos y delgados, la espalda fina con una cinturita de avispa, me vi bella por dentro y por fuera.

—Ten, un té como recompensa.

Nos hicimos la última taza de té frente a una chimenea imaginaria, y nos quedamos dormidos casi al alba.

Ahora viajamos juntos en el metro y Peter duerme apoyado sobre mi hombro derecho.

¡Estoy viajando en el metro con mi novio!, pero a mis habituales compañeros de vagón les importa un pepino, están adormilados y taciturnos.

Me gustaría gritarles que hicieran uso de sus pililas, que sus pililas tienen el don de hacernos sentir diosas perfectas, que Peter tiene una

PILILA en mayúsculas y se merece un monumento en Trafalgar Square.

Podría tatuarme su pilila para San Valentín, una réplica exacta en mi antebrazo, una pilila que sube y baja a mi antojo.

Nuestra parada me devuelve a la realidad. Despierto a Peter y salimos triunfales y cogidos de la mano para entrar en el trabajo.

33 bolsitas de 50

Estoy fatal, mal de verdad, agonizando entre heces fecales y vómitos. Pienso demandar a la cafetería del demonio, me han envenenado con su pescado en papillote.

Esta mañana temprano he llamado al trabajo para decir que no podía ir. Peter me ha mandado un mensaje preocupado a las once y le he comunicado mi penoso estado de salud.

La bebida isotónica que me trajo Pet se me ha terminado y voy a hacerme un té.

El té ha salido tan pronto ha entrado, veo comida y se me revuelve todo.

Me he quedado dormida en el sofá mientras veía un capítulo de *Friends*, son casi las cuatro de la tarde. Intento beberme otro té, necesito recomponerme.

Esta vez no lo he vomitado, pero mi esfínter se ha vuelto a soltar. Mi casa necesita un buen ambientador.

Son las cinco y Peter va a venir. Tengo muy mal aspecto y no me tengo en pie.

—¡Carol!, ven siéntate. Tienes muy mala cara, deberías ir al médico.

—No, Peter, prefiero morir en casa y no en la sala de espera del hospital.

Necesito ducharme, Peter se ha ofrecido a ayudarme, no se fía de que caiga mareada en la bañera.

Me ha enjabonado con dulzura, e incluso me ha ayudado a secarme. Luego me ha peinado y me ha arropado en el sofá.

—Te prepararé un té.

Me siento un poco mejor, su presencia me aporta calma y bienestar.

—Gracias, eres muy bueno conmigo

—Es mi obligación, eres mi chica.

Qué bien ha sonado eso: ¡Soy su chica!

—Por cierto, ¿qué tal ayer con Ralph?

—Bien, tomamos dos cervezas y volvimos a casa.

—Suena aburrido.

—No te creas, estuvimos hablando de nuestras cosas y echamos unas risas.

—Entiendo.

Vale, deduzco que Ralph es el típico graciosillo, espero que las risas no fueran a mi costa. Podría seguir hablando de Ralph y soltarle lo que pienso de él, pero no quiero montar una pelea, es demasiado pronto y heriría esta relación que apenas empieza.

El té no me ha sentado mal, Peter es sin duda una buena medicina para mí, tanto a nivel físico como mental.

—Voy a llamar a Ralph, no estás en condiciones de estar sola en

casa.

Qué bien, mi chico se queda para cuidarme... Pero no sé hasta qué punto verme postrada en la taza del excusado soltando improperios y gases lacrimógenos será erótico o romántico.

—No te preocupes, estoy bien, puedes marcharte a casa si quieres.

—Mírate, no estás ni de lejos medio bien.

—Que sí, estoy bien, mira como bailo. —Me he puesto a dar vueltas como la bailarina de Botero.

—Para, que te vas a marear —me frena como a una niña pequeña—. Haremos una cosa, te preparo otro té y unas tostadas, si veo que te sientan bien me voy, si vomitas me quedo, ¿trato hecho?

He aceptado el trato, estoy segura de que no vomitaré.

Peter me pregunta cada cinco minutos que cómo estoy y la verdad que no demasiado bien, pero no quiero que se quede y vaya tras de mí con el mocho de fregar toda la noche. Paso de que huela el perfume de mis entrañas, es vergonzoso.

—Estoy bien, es tarde y cerrarán el metro, ve a casa y descansa.

—¿Seguro?

—Seguro, cualquier cosa, te llamo.

—Eso espero.

—Saluda a Ralph de mi parte.

—Lo haré.

Cuando me ha dado el último beso de la noche, he tenido que aguantarme para no vomitarle en la boca. En cuanto ha salido por la puerta, me he arrastrado al baño y me he abrazado a la taza. Mañana debería ir al médico con urgencia.

38 bolsitas de 50

Llevo cinco días en el hospital, durante todo este tiempo he recibido la visita de Avril y Peter, las llamadas de mis padres y mi prima Wendy y un estúpido globo con mensaje de la empresa.

Un globo ideal para publicitar seguros de vida en un hospital, por una cara: «Esperamos que te mejores» y por la otra: «Ponle precio a tu vida con seguros Gallence», muy alentador.

Por lo visto, he pillado anisakis mezclado con gastroenteritis aguda, soy difícil hasta para caer enferma. ¿No se supone que eso se pilla cuando comes sushi? No he logrado entender todavía cómo un trozo de panga en papillote casi me manda al otro barrio. Peter insiste en que demandemos a la cafetería, pero no tengo ganas de meterme en follones legales, solo quiero salir de aquí y no volver a comer allí, por supuesto.

Mi novio se está volcando conmigo en esta dura etapa de mi vida. Es triste que los comienzos de nuestra relación hayan sido de esta manera, él dice que así tendremos algo que contar a nuestros nietos, eso si consigo salir viva de esta.

No me imagino cómo narices vamos a contar que sus abuelos se enamoraron después de que la abuelita profanara el recto del abuelito y pillase una enfermedad *japonesa* que la mantuvo en el hospital una semana cagando sin parar.

Los niños saldrán despavoridos y traumatizados para siempre y nuestros hijos no nos visitarán más.

Peter ha traído mi cajita de té, el médico me ha dejado tomar uno por día tras asegurarle que si no lo tomaba podría combustionarme de manera espontánea. Mi relación con el té va más allá de una mera cuestión británica, se ha convertido en una especie de profilaxis que me mantiene con vida. El doctor accedió a que solo consumiera uno por día a pesar de asegurarme que era demasiado fuerte para mi delicado estómago.

Esta mañana han venido a sacarme sangre y una chica muy mona ha venido a visitarme con una cinta métrica colgada del cuello.

—Buenos días, soy Lara Sanders, la nutricionista del hospital, voy a hacerle unas mediciones y a pesarla.

—¿Para qué?

—Señorita McDohann, lleva una semana sin ingerir alimentos, debemos saber qué consecuencias ha tenido la enfermedad en su cuerpo.

Me ha medido la cintura, los brazos y las piernas, a la vez que apuntaba en su libreta todos los datos.

—¿Recuerda usted qué pesaba hace una semana?

—¿Tengo que contestar a eso?

—Sí, por favor.
—Setenta y ocho kilos.
—¿Altura?
—Ciento cincuenta y seis centímetros más o menos.
—Tenía usted sobrepeso, señorita.
—¿En serio? Yo creía que era Victoria Beckam —le he dicho algo molesta.
—Suba al peso.
He subido y he mirado al frente, paso de ver lo que marca mi archienemiga la báscula.
La chica ha abierto los ojos como platos y ha llamado a una compañera.
—¿Qué pasa? —he dicho asustada.
He bajado la vista y casi me da un ataque: mis setenta y ocho kilos se han convertido en sesenta y cinco, he perdido trece kilos.
Peter me decía que la cara se me había escurrido, pero con estos pijamas anchos de hospital y metida en la cama con un gotero es difícil ver lo que había debajo.
Tampoco me han dejado ir a la ducha por si me mareaba, así que una ATS venía a lavarme cada día, a pesar de lo humillante que resultaba eso.
—Señorita, ha perdido usted mucho peso, los médicos le harán un reconocimiento exhaustivo.
—¡¡El universo ha escuchado mis plegarias!!
—¿Se alegra? Esto puede ser peligroso para su salud.
Mi mente ha pensado decirle a la perfecta nutricionista, que lo único perjudicial para mi salud era verme como una foca y que lo peligroso es sufrir cada día por no caer encima de un niño y aplastarlo como en los dibujos animados.
—Quiero verme, necesito un espejo de cuerpo entero.
—Acuéstese, ya podrá verse, ahora repose.
—Estoy bien, joder, ¿tan difícil es de entender?
—Cálmese, el doctor vendrá ahora.
—Estoy calmada, suélteme el brazo. —He hecho aspavientos para zafarme de su agarre.
—Señorita, no nos obligue a administrarle un tranquilizante.
—¿Me queréis drogar para volver a cebarme?
—Pero ¿qué dice?
Su compañera le dice algo al oído y percibo algo sobre... ¿bajada de serotonina? No, yo lo que he bajado es de peso, no de serotonina.
No sé cómo llegan refuerzos, tras intentar zafarme un rato con mi débil cuerpo, y me inyectan el calmante.

Peter ha venido y los médicos le han informado del incidente.

Cuando he abierto los ojos, me ha hecho el gesto de «estás loca» con la mano y, al ver que se me saltaban las lágrimas, me ha abrazado diciendo «ya pasó».

Y estaba en lo cierto, ya había pasado, toda mi grasa, todos mis complejos se habían ido por la taza del váter. Nuestro cuerpo es una cajita que guarda nuestra alma, una capa externa que nos define de cara a la sociedad, pero no todo lo que somos. Yo sigo siendo la misma con un cuerpo mejorado, pero aún no me quiero lo suficiente, tengo que hacer un *reset* completo, aunque no sé si para mejor.

40 bolsitas de 50

Después de tres días más y tres kilos menos, por fin estoy en casa. Soy una bella piltrafa de sesenta y dos kilos y lo mejor de todo es que Peter no se puede enfadar por mi descenso de peso, por lo involuntario que ha sido.

Los médicos me han puesto una dieta que debo seguir un par de semanas más y mi baja se va a dilatar hasta el baile de verano de la empresa. Donde apareceré como un ave fénix resurgiendo de las cenizas.

Mi madre ha amenazado con venir a verme, pero he conseguido quitarle la idea de la cabeza, podría conseguir que me suicidara delante de ella con una katana y solo diría: «¡Caroline!, cómo has puesto el sueloooo ».

Peter ha querido instalarse conmigo para cuidarme y asegurarse de que sigo todas las recomendaciones de los médicos.

—Pero ¿y Ralph?

—Solo son un par de semanas, se las arreglará bien solo, no es ningún discapacitado.

—Había entendido el otro día que no sabía ni tender la ropa.

—¿Eso es una minusvalía?

—Se podría decir que sí.

Y es que no me parece normal, que un ser humano con treinta y dos años no sepa colocar unas pinzas a una camiseta, poner una lavadora, freír unas patatas y estirar las sábanas de una cama.

—No lo es, Carol, solo es cómodo.

Entonces es un caradura que se aprovecha de Peter para no dar palo al agua.

—¿Y entonces a qué se dedica?

—A ligar. —Se ha encogido de hombros.

—¿A ligar? ¿Está bueno?

—No sé, yo no sé nada sobre hombres, además, ¿qué importa eso?

—No, no es por mí, solo que me lo imaginé como un contable de gafas de pasta y tirantes.

—¿Quién usa tirantes hoy en día?

Pues mucha gente usa tirantes, ahora mismo no se me ocurre nadie a parte de Steve Urkel, pero en el mundo entero habrá alguien más seguro.

Peter me ha acercado el pijama y al ponérmelo se ha caído solo, así que me ha prestado uno suyo.

El olor de su pijama me ha puesto cachonda, pero Peter ha declinado mi oferta de sexo duro porque estoy muy delicada de salud.

—Eres un soso, Peter Farhell.

—Y tú, una salida —ha bromeado.

No soy una salida, pero quiero disfrutar de mi nuevo novio y hacer uso de mi vagina de forma regular. ¿Qué hay de malo en eso? Es lo normal, llevo ocho días en un hospital con gotero y una cuña para mear, un poco de normalidad y erotismo no vienen mal.

—Peter, hazme el amor —casi se lo ordeno.

—Carol, estás muy débil, no aguantarías el esfuerzo.

—¿Me estás llamando blandengue?

—No, estoy mirando por tu salud.

—¿Física o mental?

—Las dos, venga, tómate el caldito y ya veremos.

Y no vi nada después, por lo visto me quedé dormida en el sofá y Peter me llevó hasta la cama en sus brazos, algo impensable hace una semana. Nunca me he sentido tan afortunada de haber estado al borde de la muerte, sé que suena siniestro, raro y absurdo a la vez, pero es lo que siento de una manera inevitable. La gente delgada no se alegraría de haberse visto en mi tesitura, pero sí se sentiría desafortunada y asquerosamente mal por engordar veinte kilos en una semana. Todos tenemos problemas propios, físicos o mentales y el mío estaba directamente relacionado con mi peso, y tengo derecho a sentirme mal al igual que otras personas sienten la necesidad de aumentar su talla de pecho. La cuestión es sentirse a gusto con lo que quieres para ti dentro de lo saludable, de lo que no afecta al resto del mundo y es únicamente una batalla personal e intransferible, ya quieras ser gruesa o delgada. Y el panga, con toda la mala leche que ha cargado contra mí, ha sido compasivo y me ha dejado con un peso óptimo. Algo fofa, eso sí, pero también me han dado una tabla de ejercicios para devolverle el tono muscular a mi cuerpo.

Peter ya se ha marchado al edificio de Gallence, me ha prometido que informará a Avril de que ya estoy en casa y que la obligará a venir. No me ha llamado más de dos veces mientras estuve en el hospital, quiero hablar con ella y, por supuesto, que vea mi nueva imagen.

41 bolsitas de 50

Estamos exactamente a dos días del gran baile de verano de Gallence. Avril me ha llamado y me ha prometido venir hoy a verme. La he notado algo deprimida.

Mi armario es un completo desastre, tengo todo tirado por el suelo, he estado intentando recuperar algo, pero es imposible. ¿De verdad esa era mi ropa? Ahora caben tres como mi nuevo yo. Peter tiene que trabajar esta tarde en la tienda de electrodomésticos, lo han llamado para sustituir a un compañero que está enfermo, así que no podrá acompañarme al centro comercial.

Quizá a Avril le apetece, cuando venga se lo comentaré.

Vivir con Peter es muy agradable, la idea de que se quede para siempre me ronda la cabeza, pero tal vez es demasiado pronto.

¿Qué cara pondrá Kevin cuando me vea? Se va a quedar alucinado, no volverá a meterse conmigo, o eso espero.

Volviendo al tema de la ropa, carezco de estilo, antes no me preocupaba demasiado porque en la sección de tallas grandes solo existía un modelo de bata camilla en varios estampados.

Siempre miraba la sección para atléticos y soñaba con ponerme una de esas faldas de tubo con cinturón y jersey ajustado. Y hoy, gracias a un pescado en mal estado, puede que lo haga. La vida juega con una importante ventaja: es imprevisible. Peter no me deja dar las gracias al pescado contaminado. «Podrías haber muerto, pedazo de loca», me dice, pero en secreto lo adoro y lo he elevado al escalafón más alto de deidades en las que creer, aunque no os aconsejo para nada que dejéis un filete de merluza fuera de la nevera un par de días y luego os lo comáis a la plancha. Lo mío ha sido involuntario y nunca jamás habría jugado de esa manera con mi salud y no estoy pensando para nada en hacerme una camiseta con el eslogan: «Pudre un mero y cómetelo con esmero».

Volviendo al tema de la moda juvenil, quizá hoy me pruebe la falda de tubo.

Estoy preparándome un té y alguien ha tocado el timbre.

—Avril, hola, ¿cómo estás?

—Ca… ¿Eres tú?

—Soy yo, estás en mi casa, ¿quién voy a ser?

Se ha encogido de hombros y ha pasado con cara de derrota. Ha subido cuatro pisos a pie, es una valiente.

—Avril, ¿se puede saber qué te pasa?

—Steve está con otra, con una Barbie rubia y pija.

—Lo siento…

—Es la jodida historia de siempre, mírame, soy una puta foca.

—No digas eso, Avril, no es por eso, Steve no es un modelo que

digamos, estoy segura de que…

—¿Y por qué si no? No puedo competir con ella.

—No te flageles, seguro que es tonta. La gordura tiene solución, la tontuna no.

—Estoy cansada de tópicos, yo soy la gordita simpática y ella la rubia tonta.

—Si te sirve de consuelo, no estás muy simpática últimamente.

—Gracias, es un alivio saberlo —dice irónicamente.

—¿Quieres un pastelito de té?

—No, gracias, y tú, ¿cómo estás?, a parte de delgada.

—Pues feliz.

Decido resumir mi estado de ánimo general para no hundirla más en ese pozo de miseria que lleva en su chepa. Sé que he despotricado sobre ella algunas veces, pero entonces era ella la que me restregaba su exitosa vida sentimental y yo aguantaba con resignación sus cornadas. Pero hoy siento lástima por ella, es mi amiga y la quiero, en cierta medida ella es como yo, o yo era como ella hace relativamente poco, físicamente hablando.

—¿Nos vamos de compras? No tengo nada que ponerme.

—Vale.

Avril ha sonreído levemente mirando mi indumentaria, todo me está enorme y parezco una loca vestida con bolsas de basura comunitaria.

—¿Qué te vas a poner para el baile?

—¿Qué tal un… saco?

—No digas chorradas, Avril. Siempre has estado feliz con tu imagen, nunca te ha importado, eres un ejemplo, créeme. Venga, vamos, seguro que encontramos algo bonito.

El té se quedó en la encimera de la cocina, cada vez necesito menos de mi medicina.

Ninguna bolsita que sumar

Ayer salimos de compras y fue una sensación extraña dejar atrás la sección de tallas grandes. Aunque se volvió alguna que otra persona al ver mi indumentaria, no eran miradas llenas de satisfacción postgimnasio.

Avril me seguía sin muchas ganas tirando perchas con su cuerpo, y la señorita que nos seguía las iba recogiendo como loca.

—¿Ha decidido probarse alguna prenda? —dijo agotada.

—Me probaré esto —dije alzando un vestido azul de licra.

Avril puso cara de asco y sacó de su bolsillo una bolsa de M&M's. Y la chica puso cara de pánico cuando le vio limpiarse los dedos con una manga de una camisa.

—¿Qué tal me queda?

—Bien —contestó sin más con la boca llena.

—¿Solo bien?

—Sí, solo bien.

Se metió el resto de la bolsa de M&M's en la boca y yo me quité el vestido tipo condón.

—Vayámonos. —La cogí por el brazo y salimos de la tienda—. Pero ¿qué coño te pasa? —le dije.

—¡Que doy asco! Ni siquiera cabía entre los pasillos de la tienda de esa diminuta ropa.

—¿Y lo arreglas comiendo porquerías?

He tenido un *déjà vu*, he vivido esta situación antes.

—Venga, vamos a comprarte algo bonito para el baile. Me ocuparé de mí más tarde.

—No pienso ir al baile, Carol.

—No digas bobadas, además, no puedes negármelo, he estado a punto de morir, ¿recuerdas?

Tras un tira y afloja y quitarle todas las bolsas de chuches que llevaba en los bolsillos, la he arrastrado a Topshop.

—Aquí no hay nada para mí.

—Apuesto a que sí.

Me he acercado a una señorita muy bien arreglada con uniforme de la tienda y me ha confirmado que sí hay una sección de tallas grandes.

—Aunque usted no la necesita, señora —me dijo con una amplia sonrisa.

Obvié que me había llamado *señora* y me limité a responder que no era para mí.

Hemos subido unas gigantescas escaleras mecánicas, Avril tenía cara de mierda, y me imaginé dándole sendos tortazos con un guante de cuero.

—Cambia esa cara.

—Es la que tengo.

Sí, es verdad, era una gigantesca cara con expresión taciturna, una cara de derrotismo, pasotismo y regustito a hez. Pero ¿no debería centrarse en mejorar lo que no le gusta de ella?

Si algo no te gusta, cámbialo, no es tan difícil. O pudre un mero y… (es broma).

Llegamos a la sección de gorditas y a las modelos de las fotos se las veía sanas y felices. Es cierto que no llegaban al nivel de obesidad de Avril, pero en unas semanas podría verse así, si ella se lo propone.

Vale, yo no soy un ejemplo de superación, he sido víctima de anisakiasis, pero he vencido a la muerte, luchando con uñas y dientes, merecía una recompensa.

—Mira esto.

Le enseño un vestido negro, con un fruncido a un lado y un broche de piedrecitas muy mono.

—No es mi estilo.

—Oh, cállate y pruébatelo.

—No voy a probármelo.

—Sí lo harás, al vestuario, yaaa.

He gritado para asustarla, pero se ha cabreado y ha vuelto a montar en la escalera mecánica.

—Avril, sube, no te volveré a gritar.

Toda su masa bajaba lentamente por la escalera. Y de repente se ha parado el monstruo de hierro, con un sonido chirriante. Avril gritaba:

—¡Mierda, mierda!

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Mi pantalón se ha enganchado entre los escalones.

Los pantalones colganderos de Avril tienen una fuerza brutal, han conseguido parar una escalera mecánica de dos toneladas.

El personal de Topshop ha venido a socorrerla y unos cuantos clientes se han quedado quietos en la escalera paralela que sube. ¿Están esperando a ser rescatados? Anden un poco, jodidos gandules.

—Tiene que quitarse el pantalón señora.

—No lo haré, ¡¡no voy a mostrar mi gigantesco culo a medio Londres!!

—Hay que desatascar la escalera, hay clientes esperando.

—Pues que anden, ¡joder! No voy a quitármelos. Tendrán que arrancármelos si pueden.

La última frase ha sido el detonante de lo que vino después y la consiguiente prohibición de pisar Topshop en una larga temporada.

Llegué a casa con cero bolsas y con cero ganas de normalizar mi estado con un té, no creo que solucione mi ridículo fondo de armario.

Mañana es el gran baile y no tengo nada decente que ponerme. Solo me queda una mañana para elegir el *look* perfecto y mostrarles a todos

en Gallence lo que ha sucedido con Carol *la Virgen.*

—Peter, qué bien que hayas llegado, ya sabes que no puedo volver a Topshop por lo menos en tres meses y que no tengo nada que ponerme mañana.

—No te pregunté ayer lo que pasó y mejor sigo sin preguntar, ¿verdad?

—Verdad.

—Mi hermana trabaja en Harrod's, si quieres la llamo y mañana te ayudará a elegir un vestido.

—¿Harrod's, hermana?

—Sí, ¿la llamo, no la llamo...?

—Pero yo no puedo pagar nada de Harrod's.

—No te preocupes por eso.

Vale, la está llamando, mañana conoceré a mi cuñada. La imagino pija, alta y delgada. Intentará venderme un vestido carísimo que tendré que rechazar por falta de liquidez. Luego llamará a Peter y le dirá lo mediocre y rácana que soy. Peter se sentirá ofendido e iré sola al baile con una sábana bajera simulando un vestido de cóctel moderno.

Me veo tentada de arrancarle el móvil de las manos y lanzarlo por la ventana, pero no lo hago y espero pacientemente qué noticias tiene para mí cuando se despide de ella y deja el móvil en la mesa.

42 Bolsitas de 50 y un vestido

Tengo una cita con Pippa, la hermana de Peter, a las doce en Harrod's. Me siento algo nerviosa y me tomo un té que no hace más que aumentar mi ansiedad.

Avril no me coge el teléfono, así que le he dejado como quince mensajes amenazantes pidiéndole que venga al baile esta noche, me lo debe.

He rescatado del altillo unos pantalones viejos y un jersey negro que no me quedan tan mal, un pañuelo arreglará el total *look* y podré ir medio decente a la meca del glamur.

Peter es un fantástico compañero de piso, la cocina está recogida, el saloncito también y huele a popurrí de flores secas. Lo siento, Ralph, pero pienso robártelo.

Quizá esta noche se lo proponga tras unos cuantos cócteles. Las malas noticias y temas decisivos tienen un mejor final con una copa de más.

Acabo de salir de la boca del metro, esta parte de Londres es sorprendente cada vez que la visitas. ¿De dónde sale tanta gente?

Pippa ha quedado en recogerme en la entrada. Me la imagino coqueteando con el conserje disfrazado, nunca he entendido esa indumentaria. ¿El señor Al Fayed no se da cuenta de que es ridículo?

Andado un rato por los alrededores, he localizado una tienda muy cuca, con ropa a buen precio y he aprovechado para comprarme un par de pantalones vaqueros de la cuarenta y unas camisolas veraniegas al 50% de descuento.

Lo único que no tengo que comprar son zapatos, ¿a alguien le han adelgazado los pies? Es cierto que los noto más estilizados, pero más cortos no.

Bien, ya estoy en la puerta y no hay ninguna dependienta coqueteando con el disfrazado de la entrada. Miro a un lado y al otro con mi bolsa de ropa de saldo y no veo a nadie parecido a Peter.

—Hola, ¿eres Carol? —Alguien me da golpecitos por detrás.

Cuando me doy la vuelta, veo una chica bajita, morena, con ojos vivarachos y una talla cuarenta y ocho.

—¿Eres Pippa?

—Sí, la misma, sígueme.

Por alguna extraña razón, lleva un delantal de rayas y unos zuecos ortopédicos y no entramos por la puerta principal.

—¿Dónde vamos?

—A las entrañas de Harrod's, soy una de las costureras de arreglos.

Entramos por una puerta de hierro negro y bajamos unas empinadas escaleras, se empieza a oír ruidos de máquinas y risas femeninas.

Cuando llegamos al taller me presenta a todas.

—Chicas, esta es Carol, hoy será nuestra Cenicienta.

Todas han aplaudido y no entiendo nada.

—Igual ha habido un error, yo he venido a comprar un vestido para el baile, no he traído ninguno para ajustar…

—No hay ningún error, cielo, aquí tenemos el mejor guardarropa del mundo.

Pippa ha abierto una puerta blanca de madera y ante mis ojos se ha abierto un mundo de luz y color.

—¿Qué es este mundo? —digo perpleja.

—El mundo de las taras, querida, un sinfín de vestidos y prendas carísimas no aptas para la venta.

—¿De verdad? Parecen perfectos, ¿qué tara pueden tener?

—Un botón que falta, una cremallera que cuesta cerrar, una lentejuela menos…

—¡Pues se cambia la cremallera y listo!

—Me temo que para un vestido de mil libras eso no es tan fácil. Tiene que ser la cremallera elegida por el diseñador y de esas aquí no tenemos.

—Lo entiendo.

—Carol, te voy a dejar aquí un momento, elige lo que quieras y pruébatelo, si hay que ajustar, poner un botón —me guiña un ojo—, o lo que sea, lo haremos en un momento.

He asentido y me he quedado sola en el vestidor de la Kardashian.

No he sabido por dónde empezar: tules, rasos, brillos, largos, cortos, ¡pornos!, pero entre todos ellos había uno que me llama la atención. Es negro, entallado y con un detalle de piedrecitas en los hombros. La espalda tiene un escote en pico muy atrevido y me quedará más o menos a la altura de las rodillas.

Me lo pruebo y sencillamente me encanta, pero mi curiosidad movida por la economía, coge la etiqueta.

VALENTINO
Little Black dress Glam.
870,55£

Joderer, trago saliva dos veces.

Pippa me sorprende con el vestido puesto.

—Oh, estás maravillosa. Sal que te vean las demás, necesitarás unos zapatos…

—Espera, Pippa, yo… yo no puedo pagar esto.

—¿Pagar? Quién ha dicho de pagar nada, ¡es gratis!

—Pero, ¿cómo? No puedo aceptarlo.

—¿Y por qué no? ¿Has visto todos los vestidos que hay? Nadie lo echará en falta nunca, además no es apto para ricos porque le falta la

chapa de distinción.

—¿De verdad?

—De verdad, ¿crees que me jugaría el puesto? Venga, ahora los zapatos. ¿Número?

—Treinta y nueve.

Pippa saca unos *stilettos* negros acharolados.

—Tendrás que reponer las tapas, pero aquí al lado hay un zapatero que te los deja a punto en media hora.

Cuando me los calzo aumento diez centímetros y me veo más delgada si cabe.

—¡Preciosa! Sal para que te vean todas.

Cuando salgo, todas las máquinas paran y se oye el típico «oooh» a diez voces.

Después de varias ovaciones y vítores, vuelvo al guarda ropa con Pippa.

—¿Tienes tiempo para un café?, quiero agradecerte lo que has hecho por mí hoy.

—No me tienes que dar las gracias, Peter me llamó y siempre estoy dispuesta a ayudar a la amiga de mi hermano.

¿Amiga? Peter le ha dicho que soy su amiga. Ayer le dejé intimidad cuando habló con ella, no quería parecer una cotilla desesperada.

—Bueno, de todos modos quiero agradecértelo.

—Otro día, cielo, hoy ya llevo retraso.

Pippa se despide de mí en la puerta de salida y me da la dirección del zapatero.

Salgo medio contenta con un Valentino de más de ochocientas libras por la patilla y unos zapatos estupendos, pero con un poco de angustia al descubrir que Peter me va presentando por ahí como una amiga.

Aún con 42 de 50 bolsitas, un vestido y un amigo

Tras el atropello sentimental, he visitado al dios italiano de la peluquería: Bernardo. Y mientras me aplicaba tratamientos, me he desahogado con él.

—Estás *belliiiissima*, mírate, *ma*, ¿cuánta grasa has dejado en la basura? No entiendo la actitud de ese novio que tienes. Plántale cara, pregúntale contra la pared de qué va.

—Yo no sé hacer esas cosas.

—Pues deberías, bella, de-be-rí-as —me golpea la cabeza con el cepillo al compás de las sílabas.

—Es horribleeee.

—¿Mi peinado? —pega un gritito.

—No, tu peinado es magnífico, es horrible lo que ha hecho.

—Esta noche tú tendrás la sartén por el mango, estarás divina y, cuando él quiera meterse en la cama con la diosa que llevas dentro y fuera…, ¡Zas!, le sueltas que no acostumbras a acostarte con amigos.

Todo suena muy fácil en boca de Bernardo con sus pantalones pitillo y zapatos rojos.

Además de la terapia, me arregla el pelo y me maquilla. Bernardo sugiere ponerme uñas de gel, pero acabaría intoxicada de mordérmelas.

Estoy fabulosa y tengo el tiempo justo de volver a casa, ducharme y enfundarme el Valentino antes de que Peter llegue. Me dijo que se cambiaría en su casa ya que es allí donde tiene la ropa de vestir.

Tengo ganas de verlo y que disfrute de mí y, por otro lado, ideas de cómo arrancarle los ojos con una cucharilla de café.

Son las diez y espero ansiosa a mi *amigo* Peter. Estoy realmente bien, hacía tiempo que no me sentía tan segura de mí misma.

Peter está subiendo y me escondo para salir de forma triunfal del baño.

—Carol, ya estoy aquí, he venido con Ralph. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Saludo con una mano desde el marco de la puerta y con la boca abierta en plan *La máscara.*

¿Qué ven mis ojos? ¿Quién es ese dios griego, rubio de metro noventa que está en mi salón-cocina-dormitorio? ¿De verdad que ese es Ralph? Mi cabeza había formado una imagen totalmente diferente del contable que comparte piso con mi *amiguito.*

¿Por qué lo esconden en la empresa si es un *sponsor* andante? Alto, guapo, ojos verdes rasgados y pura fibra.

—¿Qué haces ahí parada?, ven a saludar.

Ralph se ha agachado y me ha dado un sonoro beso en la mejilla.

—Encantado de conocerte, estás muy guapa.

—Gra... gracias, tú también.

Peter está plantado como un poto, mirándonos con extrañeza.

—¿Nos vamos? —dice un poco molesto.

Ralph se ha adelantado y Peter aprovecha para soltarme una joyita de tipo despechado.

—¿Qué haces? Parecía que quisieras follártelo ahí mismo.

—¿Yo? ¿Por qué no dices que él parecía querer follarme aquí mismo (pedazo de machista)?

—Porque es mi amigo, él no me haría eso.

—Pues ¿sabes qué, Peter?, resulta que yo también soy tu *amiga* y tampoco te haría eso.

Tomaaaa yaaa.

Yo, Carol la exgorda, la exvirgen, la exflequicalva y un sinfín de excosas, ha tenido el valor de soltar una ironía con gracia y determinación, ahora entiendo las 870,55£ del Valentino. Son vestidos con terapia incluida. Incluso diría que sale más barato que un psiquiatra tres veces por semana durante todo un año.

Vuelvo a ser la Zorra, la Zorra que planta cara a Peter.

—¿A qué viene eso?

—A nada, Ralph nos está esperando.

Salgo delante de él y le digo: «Cierra tú» mientras sigo andando.

Su carita es un poema y mi rostro pura satisfacción. Todavía no me ha dicho lo guapa que estoy. San Bernardo el peluquero (debería llamarlo de otra manera que no lo confunda con un perro) le fustigaría con su escoba de barrer pelos al grito de «*mamone* insensible».

Pero no me importa, yo sé que estoy guapa y Ralph también.

Aguantando con 42 bolsitas y la noche del baile

Cuando llegamos al portal con un sepulcral silencio, un gritito que sale de mi garganta lo rompe.

—¿Y ese coche? —digo nerviosa.

Un precioso Audi negro y brillante nos espera junto a Ralph.

—Es mío, ¿te gusta? —dice Ralph abriéndome la puerta del copiloto.

Solo asiento con la cabeza y entro elegante en él. Peter está de varios colores y se resigna a ir en plan pasajero de taxi.

El viaje al edificio de Gallence es un poco tenso. La mano de Ralph cambiando de marchas me distrae bastante y de vez en cuando miro por el retrovisor para comprobar que Peter va a arder de un minuto a otro.

Ya hemos llegado, miro mi móvil antes de bajar para ver si Avril me ha llamado, pero no, no lo ha hecho.

Ralph me abre la puerta.

—Gracias. —Le sonrío.

Peter está intentando abrir su puerta trasera pero no lo consigue. Ralph se la abre también.

—Lo siento, seguridad infantil —le dice esbozando una sonrisilla.

—¿Tienes hijos? —le pregunto.

—No, pero a veces recojo a mis sobrinos del colegio.

Ralph se adelanta y Peter, muy a su pesar, me cede su mano para entrar juntos, y se la agarro, creo que de momento ya ha sufrido suficiente.

—No te lo he dicho antes, pero estás muy guapo.

—Sí... ya... pero no tanto como Ralph.

Paso por alto el comentario y me limito a darle un beso en la mejilla que lo calma y hace que me apriete la mano.

La terraza del edificio está decorada con farolillos y flores blancas, hay muy buen ambiente y en una de las barras veo un bulto grande de espaldas sobre un taburete.

—¿Avril? ¡Has venido! —Intento abrazarla.

—Solo un rato —dice medio contenta.

Lleva un vestido azul oscuro muy bonito. ¿De dónde lo habrá sacado? Y su pelo está brillante y liso. Bien por Avril, ahora estoy convencida de que sobrevivirá.

Peter y Ralph se acercan hacia nosotras.

—Ralph, te presento a Avril, trabaja conmigo en atención telefónica.

Avril casi se cae de bruces ante el dios contable.

—Otra bella mujer desperdiciada al teléfono, esta empresa la dirige un loco, ¿bailas conmigo?

Avril accede y nos dejan solos en la barra.

—Parece que aún falta gente por llegar, está muy vacío, ¿verdad? —digo tocándome el pelo.
—Hemos llegado pronto, supongo.
—Ya... ¿Pedimos algo?
Nos han servido unos cócteles y mientras nos los bebemos en silencio empieza a llegar la gente.
Entre ellos se saludan, pero pasan de nosotros. Bueno, yo estoy irreconocible y lo entiendo, pero Peter, no. Tengamos el aspecto que tengamos, supongo que seguimos siendo los mismos de siempre, unos pringados, pero auténticos.
Finalmente, se han acercado cinco personas y Peter me ha representado, los cinco han hecho comentarios típicos para quedar bien, pero ni siquiera recuerdan cuando era una cerda de concurso.
Entre Peter y yo hay poca conversación, pero Ralph y Avril parecen pasarlo bien al otro lado de la terraza. Es un chico encantador, podría estar ligando con alguna belleza de la empresa y, sin embargo, está sirviendo de apoyo a mi amiga.
Sé que se la tengo guardada desde aquel incidente del dedo... pero es que sencillamente no puedes enfadarte con un tío bueno de esa índole.
Al que aún no he visto es a Kevin, no es que me importe, bueno, sí me importa, quiero que me vea y callar su bocaza de una vez.
—Pet, voy al baño.
He dejado a mi hombre-amigo en la barra y, mientras voy al baño, noto miradas masculinas lascivas sobre mí.
Podría ir gritando: «Hola, soy Carol *la Virgen*, ¿recuerdas?».
Pero paso, alguno vomitaría los aperitivos y estropearía mi momento.
Mientras orinaba, he oído a varias chicas comentando sobre Ralph. «El tío bueno que baila con la gorda», se refiere claramente a él. Me he remontado a tiempo atrás y me ha apetecido salir con las medias aún sin subir.
—Perdonad, chicas, o mejor dicho, petardas enfundadas en vestidos diminutos. Esa gorda es mi amiga y ese tío bueno es su novio (mentira, pero se trata de callar bocas). Ni en vuestros mejores sueños podríais conseguir un hombre como él. Un tipo con valores no se junta con tías del montón como vosotras. Y tú, si tú, (señalo a una rubia oxigenada) arréglate el teñido, has visto que raíces más negruzcas.
—Pero ¿de qué vas? ¿Eso me lo dice una mujer con las medias por las rodillas y un trozo de papel higiénico asomando por la entrepierna?
Arranco el papel y lo alzo.
—Puede ser que te parezca ridículo, pero créeme, monina, me he visto en peores situaciones.

—Ni me importa, vuelve al cagadero y métete en tus asuntos.

El grupo ha salido como si nada, pero me ha dado tiempo a lanzare el papel por detrás, y la suerte ha querido que se pegara a una de sus lentejuelas.

—Ahora si vas guapa —digo en voz baja.

Salgo del baño atropelladamente y, mientras voy recomponiéndome el vestido, he chocado con alguien que olía muy bien.

—Perdona, no te había... ¡Kevin!

—Vaya, qué entusiasmo. ¿Nos conocemos?

—Eeeh... no, bueno, yo a ti sí, pero tú a mí no.

—¿Y cómo te llamas, bombón?

—Shelvi, Shelvi Allen.

—No me suenas, ¿trabajas aquí?

—No, he venido a acompañar a alguien, aaaa una amiga.

—Shelvi, voy al baño, ¿me esperas? Me gustaría conocerte un poco más, no suelo encontrarme a chicas preciosas en las puertas de los baños.

—OK.

Kevin se ha metido en el baño de caballeros y yo me he quedado plantada fuera analizando lo que ha pasado, bueno, mejor dicho, lo que he hecho... Mentir.

42 Bolsitas consumidas, un Kevin cachondo y yo

No vas a perder la calma, no sabe quién eres, podrás escaquearte, Carol...

—Ya estoy aquí, preciosa.

—Pensaba que habías escapado por la ventana.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un vino blanco, gracias.

Kevin comienza a andar y a medio camino se detiene para volver a donde estoy.

—Shelvi, ¿no vienes?

—Estamos bien aquí, ¿no crees?

—¿En la puerta de los baños?

—Sí, a mí me encanta, ¿a ti no?

—El olor a cañería no es mi lugar favorito del mundo, pero si quieres... ahora vuelvo.

Kevin se ha marchado algo confuso, pero no quiero que Peter me vea con Kevin en plan putón de empresa que quiere ascender. Aunque, si lo miras bien, es mi superior y esto es una fiesta de empresa, no puede sospechar nada ni pensar nada extraño. Así que ando hasta la barra en busca de Kevin que ya está cogiendo las bebidas.

—Hola, he pensado que la puerta de los baños no es tan buen lugar.

—Menos mal, creía que estabas un poco chiflada, aunque yo también tengo que reconocer que eso me gusta un poco.

—Pues brindemos por la locura.

Nuestras copas de vino han chocado en el aire y tras dos copas más, el camarero que han contratado las sirve a una velocidad pasmosa, me ha invitado a bailar.

Por extraño que parezca, esta es la cita que siempre había soñado con Kevin y resulta que la está viviendo Shelvi Allen, un *alter ego* que me he inventado a la desesperada, y yo, Carol, debería estar bailando con Peter, que por cierto no sé dónde está.

En uno de los bailes más lentos he notado un bulto gordo tocando mi entrepierna.

—Perdona… eso... ¿eso es tu móvil?

—¿Te refieres a esto, preciosa?

Mi mano guiada por la suya se ha posado sobre su pene erecto, y doy un respingo.

—Me tienes cachondo perdido, nena. No te asustes, pero... podríamos volver a donde nos hemos conocido.

Mi cara, un cuadro... Esto se ha desmadrado y es hora de abortar la misión.

—Sí... bueeeno... déjame que vaya a avisar a mi amiga, ¿vale?

—Vale, pero antes un regalo de promoción.

Mi boca y la suya se han pegado y he notado su lengua recorrer todo mi paladar hasta casi soltar un vómito. Me lo había imaginado de otra manera en mis anteriores sueños y se me acaba de caer el mito del todo.

—¿Qué haces? ¡¡Qué asco, por favoooor!!

Y para colmo Peter me ha visto…

—¡Carol! ¿Qué haces?

—Pet, yo, yo, yo…

Podría haber dicho: «¿Qué Carol y qué Carol?, soy Shelvi Allen, creo que te confundes», pero no habría colado, así que suelto un topicazo:

—Esto no es lo que parece.

—¿Ah, no? Pues dime ¿qué es exactamente la lengua de Kevin en tu campanilla?

Kevin decide intervenir.

—Un momento, ¿quién eres y qué tienes que ver con el idiota de las fotocopias?

—¿Me acabas de llamar idiota?

Tras la pregunta ha venido un puñetazo directo sobre la cara de Kevin que lo ha dejado KO al instante.

—Pet, perdona, esto se me ha ido de las manos, yo no quería que me besara… él se lanzó y no pude evitarlo…

—Cállate Carol, ahórrate las típicas excusas. He visto con mis ojos lo que ha pasado desde que te fuiste al baño. Llevas toda la noche rara conmigo y has conseguido humillarme del todo. Bravo, eres una artista, ya has demostrado lo bella que estás por fuera, pero por dentro te has podrido.

—No digas eso, Peter, por favor.

—Lo siento, es lo que siento.

Tras un silencio, Peter mete con nerviosismo la mano en su bolsillo.

—Toma, las llaves de tu piso, ya mandaré a Ralph a por mis cosas.

Y se ha marchado sin más, dejándome rota de dolor.

—¿Edes Carol la Vidgen? ¿Cadol McDohann? —dice Kevin con la cara entumecida.

—Sí, ¡soy yo! Eres un imbécil, un jodido imbécil, Kevin, y además besas fatal y la tienes pequeña, jodidamente pequeña.

Luego de decirle todo eso a grito pelado cambio de escenario y busco a Avril como Depredador hasta que la visualizo en una remota esquina morreándose con Ralph.

Decidido no molestar y salir sola de la fiesta para pedir un taxi con servicio de eutanasia.

50 Bolsitas consumidas

Han pasado tres días desde el incidente, he pedido a mi médico una prórroga de baja. Durante estos tres días he agotado las reservas de té, he consumido cincuenta bolsitas de té Earl Grey, y no ha cambiado nada mi vida.

Todas las expectativas de ser delgada, son una pura mierda. La apariencia solo es eso, no es un estado de felicidad perpetuo, un cuerpo de dimensiones pequeñas o grandes no te garantiza nada. La felicidad de tu vida depende de la calidad de tus pensamientos, y los míos han sido, en su mayoría, basura.

Nunca me he valorado por lo que soy, nunca he creído en mí, ni mis logros son verdaderamente míos. Jamás he tenido fuerza de voluntad para decidir perder peso o simplemente mantenerlo y aceptar que yo soy como soy, con virtudes y defectos, pero nunca, jamás de los jamases, tu físico será un defecto. Solo es la parte física que te acompaña durante la vida y soportará los golpes tangibles, pero nunca los daños que nosotros mismos y la sociedad golpean nuestras mentes.

Mi felicidad solo depende de una persona, y esa persona soy yo.

A media mañana he pensado en bajar con pijama al Tesco de la esquina para comprar más té, pero... ¿para qué? En realidad, no lo necesito, son bolsitas cargadas de frustraciones, que, en vez de echar fuera, me trago de nuevo hacia dentro.

Avril y Ralph han venido a verme varias veces y me informan de cómo está Peter.

El carácter de Avril se ha suavizado bastante y no es de extrañar, pedazo bigardo se ha agenciado la muchacha y me alegro mucho por ella.

Ralph me ha sorprendido de manera agradable, un hombre como él: tan guapo, tan alto y tan atractivo, ¿sin prejuicios? Avril es muy afortunada.

Peter fue despedido de la empresa al día siguiente, pero, según Ralph, se alegró de ello. El dinero de la indemnización lo va a invertir en su propio negocio, pero Ralph no me ha dicho de qué. Y me he dado cuenta de que estaba tan sumida en mis propios problemas que no me interesé demasiado en los deseos y aspiraciones de Peter. He acaparado todo nuestro mundo de una manera tan egoísta que me da vergüenza siquiera pensarlo. Ralph sigue insistiendo en que debo llamarlo, pero no me atrevo, estoy en una zona segura entre mi cama y la mesa y todavía no pienso moverme de aquí.

En estos días he perdido algún kilo más y parezco una escoba fea.

Avril me ha traído un arsenal de alimentos antidepresivos, pero no tengo ganas de masticar nada.

Si os dais cuenta, parloteo de todo y no actúo nada. Estoy aquí, con

una coleta mal hecha, cambiando de canal con mi mal aliento y esperando que mi vida se derrumbe por sí sola para intentar construir una nueva... Pero la jodida realidad es que ya tenía una vida nueva, una vida que por fin me gustaba, una vida que igual no he sabido gestionar por los diablos que llevaba dentro. Pero, tras liberar de su caja a cincuenta bolsitas de té Earl Grey, es hora de actuar. No he bebido tanto té para nada, ¿verdad?

Me he levantado del sofá de un brinco y, al son de un anuncio con musiquilla alegre del televisor, he andado hacia la ducha.

Tengo que afrontar mis problemas e intentar solucionarlos, pronto cumpliré veinticinco años y, en ciertos aspectos, soy emocionalmente inútil.

Me he dado un par de tortas y, con la emoción, le han seguido varios cachetes en el culo, un autocastigo bajo el agua reparadora para espabilarme.

He salido de la ducha, y he aprovechado el vapor que ha empañado mi espejo para pintar una cara sonriente a lo película romántica, mientras tarareaba *Because I'm happy*.

Tras un proceso de reconstrucción basado en la cancioncilla de anuncio patético, salgo a la calle, cual agorafóbica liberada, sin saber por dónde empezar. Pero cuando una asquerosa rata del aire me caga el pelo, tiro a andar directa al edificio de Gallence.

50 Bolsitas liberadas

He salido del metro con el cagarro del pelo seco como la mojama. Pero no me importa, esa caca seca de paloma es lo menos importante en este momento.

He entrado empujando la gran puerta de cristal, como Melanie Griffith en *Armas de mujer,* y he tocado con insistencia el botón del ascensor.

Mientras iba subiendo, mi mente ha ido rememorando los grandes momentos de mi vida y, aunque algunos me han hecho gracia, otros me han entristecido.

Los que más me entristecen son los vividos en este edificio, todos los insultos y humillaciones que he sufrido por parte de Kevin y otros compañeros anónimos. Nunca hice buenos amigos aquí, salvo Avril.

Las puertas se han abierto y he salido directa hacia mi cubículo.

—Carol, ¿qué haces aquí? —me dice Avril comiendo apio.

—Recoger mis cosas, voy a dejar este trabajo.

—¿Por qué? Está bien pagado y es cómodo.

—¿Es cómodo? Pues a mí nunca me lo ha parecido, todo lo que he vivido aquí me parece incómodo.

—Pero ¿qué vas a hacer? Las facturas no se pagan solas.

—Tengo algo ahorrado y ya saldrá algo. Lo que tengo claro es que no voy a esconderme más entre estas paredes de cartón, respondiendo llamadas de auxilio. Quiero hacer otras cosas, quiero darme a conocer al mundo exterior.

—No te entiendo Carol, la verdad.

—No quiero que me entiendas, solo que me apoyes... Por cierto, ¿qué haces comiendo apio?

—Pues también voy a dar un cambio a mi vida, por salud más que nada.

—Me alegro por ti y cuentas con mi apoyo, hagas lo que hagas. Pero quiero saber si yo voy a contar con el tuyo.

—Por supuesto.

Tras un abrazo reconfortante y la bolsa de Tesco llena con mis cosas, he ido al despacho de Kevin a renunciar a este trabajo en las oficinas de Mordor.

—¿Se puede?

—Qué honor tener a Shelvi Allen en nuestra oficina, si vienes a que readmita a tu Peter, ya puedes largarte.

—No vengo a eso, no creo que Peter quiera volver.

—Entonces, ¿qué narices quieres?

—Vengo a renunciar a mi trabajo.

—¿Tú, a renunciar? —Suelta una risotada—. ¿Dónde te han contratado, en ridículas.com?

—Eres un ser repugnante, Kevin, una persona sin sentido, puesta a liderar a un grupo de trabajadores que tienen que sufrir tus humillaciones cada día. ¿Te has preguntado alguna vez por qué no tienes pareja? Pues te voy a responder: porque no te aguanta nadie, ni tú mismo te aguantas. Eres un pedante y un acomplejado. Apuesto a que en el colegio se metían contigo.

—Carol, te estás pasando. —Su cara se ha ensombrecido y levanta la voz.

—No me asustas por llevar corbata. Kevin, el ridículo eres tú.

—Sal de aquí, estás despedida.

—Si te hace ilusión, despídeme, pero te recuerdo que había dimitido antes.

He salido con gran satisfacción de su despacho y un grupo de personas que deben haber oído la conversación aplauden a mi paso.

Ahora toca lo más difícil de todo, ir a ver a Peter e intentar que me escuche...

Estoy en la puerta de su casa con un temblor de piernas que no me tengo. Siento miedo de que me eche de su vida para siempre y perder lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Tras varios minutos decidiendo qué decirle, toco el timbre del telefonillo, pero no responde nadie. Es poco probable que sepa que soy yo, así que me siento en el bordillo de la puerta a esperar.

Es una situación desesperada y empiezo a ser presa del pánico, además, mi triste aspecto ha hecho que varias personas me echasen algunas monedas confundiéndome con una vagabunda.

Llevo una hora y media aquí parada y todo apunta a que va a llover, así que con las tres libras con cuarenta que me han *regalado* me acerco a un Starbucks cercano a comprar un café.

La lluvia me ha alcanzado antes de llegar a la cafetería, pero algo que veo tras el cristal me hace parar en seco.

En una mesa al fondo puedo ver a Peter con una chica muy mona, hablan jovialmente y ella sonríe mucho, quizá demasiado. Peter está frente a ella, hablando con entusiasmo y le ofrece media *muffin* de arándanos.

Estoy empezando a agobiarme, noto como que me falta el aire y me estoy mareando.

¿Cuándo, dónde y por qué me ha sustituido tan rápido?

Me acerco un poco más al ventanal, mientras la mierda seca resbala por mi cabeza a consecuencia de la lluvia. Me acerco tanto que me doy un sonoro coscorrón contra el cristal, que hace que toda la cafetería mire hacia la calle, incluido Peter y su acompañante.

Peter se ha levantado y viene hacia donde estoy, he intentado marcharme, pero el mareo no me deja.

—Caroline, ¿qué haces aquí y qué es eso que cae de tu pelo? —Hace un gesto extraño con la nariz.

—Es caca de paloma y he venido a por un café, pero ya no tengo ganas de tomar nada.

—¿Estás segura?

—No, pero no quiero estropearte la cita.

—¿Qué cita, de qué hablas?

—La que tienes con esa chica. Yo he venido a intentar salvar lo nuestro tras dejar mi trabajo en Gallence. Tenía la esperanza de empezar una nueva vida a tu lado, pero tres días han sido suficientes para que otra pueda ver lo estupendo y maravilloso que eres, y apartarte de mi lado.

Peter se ha quedado mudo un buen rato, mientras le cae la lluvia dejando su pelo lacio. Ha sido la vez que más atractivo lo he visto, ni siquiera me había percatado de lo bonitos que tiene los ojos concentrada en pensar en lo feos que eran los míos. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando lo veo acercarse a mí y agarra mis brazos con firmeza.

—Eres increíble, Caroline, eres una mujer tremendamente estúpida.

—¿Estúpida?

—Sí, estúpida, por mal pensar siempre, estúpida, por callarte las cosas que te preocupan y crearte un mundo propio para resolverlas, estúpida, si piensas que tres días son suficientes para olvidarme de ti.

—Entonces… ¿no te has olvidado de mí?

—Evidentemente, no, esa chica es la directora de mi banco, estoy negociando un préstamo y presentándole el proyecto para montar mi propia empresa.

—Perdóname, perdóname por no haberte prestado más atención, por no haber dado un espacio a tus prioridades y no valorar lo mucho que me has dado. Y perdóname por haber cambiado cuando yo te gustaba tal y como era. —Le aprieto las manos desesperada, he sido muy patética.

—Siempre estás pensando otras cosas que no son, para nada la realidad de lo que vives. Ese es tu problema, no tienes mala suerte, la mala suerte te la provocas tú por hacer lo fácil difícil. Siempre intentando aparentar lo que no eres, como inventarte nuevas identidades. Y no me molesta qué aspecto tengas, me duele que no te sientas feliz contigo misma, que no sepas valorarte. Carol, eres tremendamente desastrosa y divertida, encantadoramente pecosa, enormemente bondadosa y maravillosamente bella, antes y ahora.

—Siento que te despidieran por mi culpa, no sé por qué hice aquello, supongo que tenía unas ganas tremendas de sentirme deseada, de demostrar que podía gustarle, pero te juro que no fui yo quien lo besó. Quería demostrarme a mí misma algo que en realidad

ya tenía, ya le gustaba al hombre de mis sueños, y ese hombre eres tú.

—Que me hayan despedido, en el fondo, ha sido un alivio y el detonante de poder hacer algo que me gusta. Lo que más me ha dolido es la sensación de desconfianza que tienes hacia mí, que me hayas tratado mal por tus miedos y frustraciones y, sobre todo, sentir que te había perdido para siempre, porque te quiero.

—Peter, ¿me quieres?

—¿Qué te hace pensar que no?

—Pues porque nadie me ha querido nunca, ni yo misma me he llegado a querer del todo, pero eso ya lo sabes.

—Por lo menos lo reconoces, igual aún tienes salvación.

—¿Y lo nuestro?

—¿Qué pasa con lo nuestro?

—¿Que si tiene salvación?

—Déjame que lo compruebe.

Peter me besa y es un beso que sabe diferente a todos los demás. Y es que no es solo un beso, es una carta de amor firmada por dos lenguas, un juramento de que vamos a aprender el uno del otro, unas esperanzas de futuro plenas y satisfactorias en conjunto, con lo bueno y lo malo.

—¿Sabes, Caroline?, creo que lo nuestro puede tener salvación, pero aún necesito un poco más de antídoto.

—Puedes tomar todo el que quieras. Todo el tarro es tuyo.

—No eres mía, eres de ti, yo solo te acompañaré en esta aventura que es la vida para hacértela más bonita con todas mis buenas intenciones.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca… Te quiero, Peter.

Nos volvemos a besar y Peter me propone ir a su casa para terminar la reconciliación. Nos hemos despedido de la falsa novia y hemos ido prácticamente corriendo a hacer el amor como dos posesos.

Luego hemos vuelto a hablar sobre lo que esperamos el uno del otro, y me ha prometido presentarme a su familia en la próxima reunión familiar, si así me sentía más segura sobre lo que él siente por mí.

La verdad es que no es lo más importante, pero no me disgusta la idea. Pero me ha hecho prometer un par de cosas, entre ellas que no finja ser alguien que no soy, quiere que sea yo misma siempre.

EPÍLOGO

Podría contaros cómo les ha ido a Carol y a Peter, y os adelanto que después de cuatro años les va fenomenal: viven juntos y están pensando en tener un hijo. Que Avril se casó con Ralph un año después de conocerse, que son muy felices y van a clases de yoga juntos tres veces por semana y se reúnen regularmente con sus dos amigos. Los cuatro han formado una bonita familia urbana londinense y comparten risas y llantos, pues la vida no es siempre color de rosa.

Pero me gustaría hablarte de algo más importante, de la moraleja de este librito poco pretencioso, con unas cuantas situaciones cómicas e hilarantes con las que habrás sonreído un par de veces, pero, en muchas otras, quizá te habrás sentido como Carol: triste, incomprendida, agobiada, estigmatizada y derrotada.

Las mujeres sufrimos esa lacra, sea cual sea la moda, solo se nos aplica a nosotras. Si no la sigues, eres una paria, una fracasada, pero ¿sabes qué?

Tu cuerpo es precioso. Así como es, precioso en cada cicatriz y en cada curva, en cada vello y en cada lunar. Es bello ya tan solo por ser el país, en este mundo, de tu alma y tu esencia.

Amparados en su cercanía, su altura, su estatus o su edad, querrán hacerte creer que tienen derecho a insultarte… pero no es así. Porque tu cuerpo es el templo sagrado que solo te pertenece a ti, y que los demás miramos desde fuera, en la distancia.

No serán tus deseos o necesidades los que estarán en juego, sino los de los demás. Tú eres fuerte y alta. Tanto o más que la montaña más elevada.

Nunca sientas culpa ni remordimientos, aun cuando te etiqueten de lo que no eres. Aun cuando inicien el sutil chantaje emocional con el que conseguir su ansiado premio: herirte. Si un milímetro de tu ser se retrae, di no. Porque tu cuerpo es solo tuyo y puede cambiar, quizá por decisión propia, quizá por una enfermedad o circunstancia que se escapa de tu voluntad, pero jamás dejes que nadie te quite lo que verdaderamente eres.

Y promete defender tu decisión o situación, respétate siempre, incluso si es a ti misma a quien bloqueas pensamientos negativos y te dices no.

Sé feliz en un epílogo eterno que construirás tú misma a base de quererte por encima de todo.